

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

ESTADO EN EUROPA DE LAS POTENCIAS BELIGERANTES.— EN ESPAÑA.— EJÉRCITO ANGLO-PORTUGUES.— CUARTO EJÉRCITO ESPAÑOL.— TERCER EJÉRCITO.— FUERZAS FRANCESAS.— EJÉRCITO SUYO DEL MEDIODÍA Y DEL CENTRO.— EJÉRCITO DE PORTUGAL.— EJÉRCITO DEL NORTE.— TROPAS FRANCESAS QUE SALEN DE ESPADA.— PARTIDA DE SOULT.— MANDO DE JOSÉ.— SU PARTIDA DE MADRID.— SUCESOS VARIOS.— TOMAN LOS ESPAÑOLES EL FUERTE DEL CUBO.— SORPRESA Y REFRIEGA EN POZA.— PELEAS EN LAS PROVINCIAS VASCONGADAS.— ATAQUE DE LOS FRANCESES CONTRA CASTRO-URDIALES.— FRÚSTRASELES SU INTENTO.— SEGUNDO ATAQUE CONTRA CASTRO.— TOMAN LOS FRANCESES LA VILLA.— CORRERÍAS Y HECHOS DE MINA Y LOS SUYOS.— ACONTECIMIENTOS EN LA CORONA DE ARAGON.— CATALUÑA, PRIMER EJÉRCITO.— SEGUNDO EJÉRCITO.— DIVISION MALLORQUINA.— EXPEDICION ANGLO-SICILIANA.— MOVIMIENTO Y SITUACION DEL SEGUNDO EJÉRCITO Y DE LOS ANGLO-SICILIANOS.— DISPOSICIONES DE SUCHET.— ACCION DE YECLA.— ATAQUE DE VILLENA POR LOS FRANCESES Y PÉRDIDA DE LOS ESPAÑOLES.— REFRIEGA EN BIAR.— SEGUNDA ACCION DE CASTALLA.— CAMPAÑA PRINCIPIADA EN EL NORTE DE EUROPA.— TAMBIEN EN ESPAÑA.— MOVIMIENTO DE LOS ALIADOS HACIA EL DUEÑO.— COOPERACION DEL CUARTO EJÉRCITO.— PROSIGUEN SU MARCHA LOS ALIADOS.— ABANDONAN LOS FRANCESES Y VUELAN EL CASTILLO DE BÚRGOS.— CRUZAN LOS ALIADOS EL EBRO.— PENALIDADES DEL EJÉRCITO ALIADO.— MOVIMIENTOS DE LOS FRANCESES Y ALGUNOS CHOQUES.— SITUACION RESPECTIVA DE LOS EJÉRCITOS.— JUICIO SOBRE LA MARCHA DE WELLINGTON.— EVACUAN POR ÚLTIMA VEZ Á MADRID LOS FRANCESES.— GRAN CONVOY QUE LLEVAN CONSIGO Y MANDA HUGO.— DESPOJO DE LAS PINTURAS Y DE LOS ESTABLECIMIENTOS PÚBLICOS EN ALGUNAS PARTES.— PROSIGUE HUGO SU RETIRADA.— SE JUNTA AL GRUESO DE SU EJÉRCITO.— MOVIMIENTO DEL TERCER EJÉRCITO Y DEL DE RESERVA DE ANDALUCÍA.— EJÉRCITOS EN LAS CERCANÍAS DE VITORIA.— BATALLA DE VITORIA.— GRAN PRESA QUE HACEN LOS ALIADOS.— GRACIAS QUE SE CONCEDEN Á LORD WELLINGTON.— TESTIMONIO DE AGRADECIMIENTO AL GENERAL ÁLAVA.— PERSÍGUESE Á LOS FRANCESES POR EL CAMINO DE PAMPLONA.— Y POR EL DE IRUN— ENCUENTRO EN MONDRAGON.— EN VILLAFRANCA.— EN TOLOSA.— ARROJA EL GENERAL GIRON Á LOS FRANCESES DEL OTRO LADO DEL VIDASOA.— SE RINDEN LOS FUERTES DE PASAJES.— TAMBIEN LOS DE PANCORBO.— PERSIGUEN LOS INGLESES POR NAVARRA HASTA FRANCIA Á JOSÉ.— CLAUSEL, SU AVANCE Y RETIRADA.— ENTRA EN ZARAGOZA, Y SE METE DESPUES EN FRAN-

CIA.— ESTANCIAS DE LOS ALIADOS.— PONE WELLINGTON SITIO Á SAN SEBASTIAN Y Á PAMPLONA.— RESULTADO DE LA CAMPAÑA.— VALENCIA.— EXPEDICIÓN ALIADA SOBRE TARRAGONA.— SE DESGRACIA.— OTROS SUCESOS EN CATALUÑA.— EN VALENCIA.— EVACUA SUCHET LA CIUDAD.— PROSIGUE SU RETIRADA.— EVACUAN LOS FRANCESES Á ZARAGOZA.— ENTRA ALLÍ DURÁN.— MINA DESBARATA Á PARIS.— LE TOMA UN CONVOY.— SITIA DURÁN LA ALJAFERÍA.— MANDA MINA EN ARAGON.— SE RINDE LA ALJAFERÍA.— SUCHET SE RETIRA MÁS ALLÁ DE TARRAGONA.LE INCOMODAN Y AVANZAN LOS ESPAÑOLES.— ESTADO DE ARAGON.— CONTRIBUCIONES QUE PAGÓ.— ESTADO DE VALENCIA.— CONTRIBUCIONES QUE TAMBIEN PAGO.— BELLAS ARTES.

Habia cesado algun tanto en el invierno de 1813 el ruido de las armas, harto estrepitoso en el otoño y estío anteriores, así por el Norte como por el Mediodía de la Europa; conviniendo á todos hacer pausa en los combates, para cobrar aliento y emprender de nuevo otras campañas.

Vencido Napoleon en Rusia, y destrozadas sus huestes por el furor de los hombres y la cruda inclemencia del cielo, hallábase de regreso en París al terminar del año de 1812, y menester le era cierto respiro para reponerse de sus descalabros, y allegar medios con que hacer frente, no sólo ya á las numerosas tropas regladas y tribus bárbaras, que poco há le habían acosado hasta el Berezina, sino tambien á casi todas las demás potencias de Europa, que, segregándose de la alianza francesa, se confederaban entre sí, queriendo vengar injurias pasadas, y asegurar su independendencia, tan en riesgo ántes y á la continua. El estado que todavía tenían los asuntos políticos y militares obligaba á la Rusia á caminar despacio, y á no internarse ligeramente en el riñon de Europa, esperando se le uniesen los pueblos y gobiernos de Alemania, que unos y otros procedian de conformidad en la ocasion actual. Verificólo en Febrero el Rey de Prusia, meses despues el Emperador de Austria, agrupándose en seguida al rededor de ambos monarcas, como más grandes y poderosos, otros príncipes y estados inferiores en importancia. Así podia de firme y confiadamente la Rusia continuar su marcha progresiva y triunfal, sin temor de que la incomodasen por la espalda, é interrumpiesen sus comunicaciones las fuerzas francesas, que ocupaban aún las respectivas plazas que amparan los países y riberas del Vístula, Oder y Elba.

No menor necesidad teníamos en España de tomar descanso, porque si bien se habia señalado la campaña última por sus agigantados pasos hacía un feliz remate, preciso era, para empujar al enemigo más allá,

y áun arrojarle del otro lado del Pirineo, obrar al s6n de los intentos y operaciones de las potencias beligerantes del Norte, y dar lugar á que Wellington reparase las p6rdidas que experiment6 en su retirada, como tambien á que los espa1oles uniformasen sus ej6rcitos, 6 introdujesen en ellos mayor disciplina y 6rden.

Sigui6se, pues, este plan, huyendo de empe1ar acciones campales y re1idas contiendas ántes de asomar el verano, y contentándose con lidiar á veces en aquellas comarcas, en donde, mezclados y sin distincion, dominaban todavía soldados amigos y enemigos. Por tanto, mantuvi6ronse en lo general quietos durante el invierno los ej6rcitos aliados, no separándose de sus respectivas provincias y estancias.

El anglo-portugues continu6 ocupando las mismas en que hizo parada al retirarse en el pasado oto1o, teniendo sus reales en la Frejeneda, y dilatando sus acantonamientos por la frontera que hace cara á Ciudad-Rodrigo. Considerábase á este ej6rcito como principal base de las grandes maniobras y operaciones militares de la Península hispana. A su derecha 6 izquierda, por Extremadura, Galicia, Astúrias y demas partes de los distritos del Norte, se alojaba el cuarto ej6rcito, compuesto ahora, segun indicamos en otro libro, de los apellidados ántes quinto, sexto y séptimo. Seguía á cargo de D. Francisco Javier Casta1os. Su gente habia mejorado en disciplina, 6 instruíaese esmeradamente, tomando para ello acertadas disposiciones el general D. Pedro Agustín Giron, jefe de estado mayor.

Fué una de las primeras subdividir en Febrero todo aquel ej6rcito en tres cuerpos, bajo el nombre cada uno de ala derecha, centro y ala izquierda, medida necesaria por hallarse las fuerzas desparramadas, permaneciendo unas en Extremadura y Castilla, otras en el Vierzo y Astúrias, y las restantes en las montañas de Santander, provincias Vascongadas y Navarra. El ala derecha constaba de dos divisiones, primera y segunda, á las 6rdenes de D. Pablo Morillo y de D. Cárlos de España; el centro de tres, tercera, cuarta y quinta, que gobernaban D. Francisco Javier Losada (hoy conde de San Roman), D. Pedro de la Bárcena y D. Juan Díaz Porlier; el ala izquierda, organizada más tarde, componíaese de la sexta division, que algunos llamaron de Iberia, y era acaudillada por D. Francisco Longa; de la séptima, que formaban los batallones reunidos de las tres provincias Vascongadas, á cuya cabeza hallábase D. Gabriel de Mendizábal, considerado tambien supremo jefe de toda esta ala; y de la octava, que regía D. Francisco Espoz y Mina. Debe no ménos agregarse á la cuenta una division de caballería bajo del Conde de Penne Villemur, que por lo comun maniobraba unida con el centro.

Los tres cuerpos juntos contaban 39.953 hombres, de ellos 3.600 jinetes. Las dos divisiones del ala derecha anduvieron casi siempre en compañía del ejército anglo-portugues y se amaestron á su lado. Las tres que constituian el centro, ántes sexto ejército, y cuyo total sumaba por sí solo 15.305 iaifantes y 1.577 caballos, se ejercitaron en sus respectivos acantonamientos, en donde la oficialidad tenía continuas academias, y el soldado, á pesar de lo lluvioso de la estacion, evolucionaba casi diariamente, sobresaliendo todos por su aseo, subordinacion á los jefes, y respeto á las personas y bienes de los habitantes. El ala izquierda, ó sean las divisiones sexta, séptima y octava, que recorrían distritos ocupados por el enemigo, apenas hallaban vagar para instruirse en pueblos ni campamentos, y sólo podían adiestrarse al propio tiempo que trabajaban lides; de las que no tardáremos en darrazon.

Desde Granada, Jaen y Córdoba, donde se apostó el tercer ejército al evacuar los franceses las Andalucías, fué avanzando á la Sierra Morena y Mancha. Le guiaba el Duque del Parque. Ascendían sus fuerzas á unos 22.800 hombres y 1.400 caballos, distribuidos todos en tres divisiones de infantería y una de jinetes, mandadas respectivamente por el Príncipe de Anglona, Marqués de las Cuevas, don Juan de la Cruz Mourgeon y D. Manuel Sisternes. Dábase la mano con este ejército el de reserva, que pronta y muy atinadamente arregló é instruyó en las Andalucías el Conde del Abisbal, caudillo entendido en la materia y presto en la ejecucion, teniendo ya bien organizados y dispuestos, ántes de concluirse la primavera, unos 15.600 infantes y 700 caballos, repartidos en tres divisiones, que más de una vez variaron de jefes.

Esta reserva y los dos mencionados ejércitos, cuarto y tercero, fueron los que por el lado de Vizcaya y Pirineos occidentales cooperaron, si bien el último más tarde, con los anglo-lusitanos, á la prosecucion de las célebres campañas que se abrieron allí durante el estío. Porque el otro, llamado tambien de reserva, que formaba en Galicia D. Luis Lacy, no llegó el caso de que saliese de los confines de aquella provincia, y el primero y segundo, peleando de continuo, ayudados en un principio por el tercero en Cataluña, Valencia y Aragon, seguían separado rumbo, sirviendo más bien sus lides para distraer al enemigo y auxiliar de léjos las otras operaciones, que para llevar por sí mismos la guerra a un término decisivo y pronto.

Siendo, pues, aquellas fuerzas las que tenían cerca mayor número de contrarios, será bien especifiquemos cuáles eran éstos, y cuáles sus estancias. Durante el invierno permanecieron en Castilla la Nueva todas

ó la mayor parte de las tropas que componian los ejércitos del Mediodía y centro de España; á las órdenes el primero del mariscal Soult, con sus cuarteles en Toledo, y el segundo á las inmediatas de José mismo en la capital del reino, cubriendo ambos las orillas del Tajo, y haciendo sus correrías en la Mancha. Ocupaba á Castilla la Vieja y parte del reino de Leon el ejército que llamaban de Portugal, manteniéndose en observacion del de los aliados y del cuarto de los españoles. Tenía en Valladolid su cuartel general, y despues de haber pasado su direccion, como en sus respectivos lugares dijimos, por las manos de Marmont, Clausel y Souham, paraba ahora en las del general Reille, ayudante de Napoleon, y jefe ántes de una de las divisiones pertenecientes al cuerpo del mariscal Suchet. Acudia á amparar las costas de Cantabria, y hacer rostro á los españoles que guerreaban en aquellas provincias y Navarra, el ejército apellidado del Norte, cuyo principal asiento era Vitoria, y á veces lo fué Búrgos, sucediendo á Caffarelli en el mando, al rematar Febrero, el general Clausel. Todas estas huestes no veian acrecida su fuerza, sino que al revés, notábase menguada, habiendo ido sacando Napoleon hombres, y especialmente cuadros, desde el Noviembre, sin esperanza de nuevos socorros, acaecidas ya las derrotas tan aciagas para él en el septentrion de Europa, y aumentados sus apuros en disposicion de irse desplomando por todos lados el edificio de sus conquistas, tan robusto, al parecer, pocos meses ántes. El total de estos cuatro ejércitos reunidos ascendía á unos 80.000 hombres, entre ellos 6 á 7.000 de caballería.

Al llegar Marzo comenzáronse á divisar señales de movimientos y marchas, que tomaron incremento y se realizaron al finalizar la primavera. Quien primero dejó su puesto y salió de España fué el mariscal Soult, atravesando la frontera en fines del propio mes; le acompañaban unos 6.000 hombres. Llamábale Napoleon para que le ayudase en Alemania. Miéntras aquel mariscal permaneció en Toledo impuso contribuciones gravosas, prendiendo para realizarlas al Ayuntamiento y á varios vecinos de la ciudad, y cometiendo otros desmanes.

Tambien se movió por entonces el rey José para pasar á Valladolid y tomar el mando en jefe, por disposicion del Emperador, de todas las fuerzas que hemos enumerado, y debian servir de dique contra el ímpetu de las acometidas que proyectasen los aliados. Salió aquél de Madrid el 17 de Marzo, y salió, para no volver á pisar el suelo de la capital, llevándose consigo parte de las tropas que habia en Castilla la Nueva. Dejó, sin embargo, en Madrid al general Leval con una division, apostando en el Tajo otras fuerzas, y sobre todo caballería ligera. Hácia aquel tiem-

po, y con la ausencia de Soult y nuevo poder de José, capitanearon los ejércitos franceses del Mediodía y centro los generales Gazan y Drouet, conde d'Erlon.

Nada por eso hubo todavía de importante en lo militar por estas partes de España, reduciéndose todo á reencuentros y correrías no del mayor momento. El ejército de reserva, mandado por Abisbal, no había, digámoslo así, entrado aún en línea, y el tercero apénas tuvo otro choque notable con el enemigo, sino uno acaecido el 26 de Marzo cerca de Orgaz, en el que se distinguió el regimiento de Ubrique, animado con la presencia y cuerdas disposiciones del ayudante de estado mayor D. Mariano Villa. Esquivó peleas en cuanto pudo, y aún escaramuzas; el ejército anglo-lusitano, é imitaron en gran parte su ejemplo el ala derecha y el centro del cuarto ejército español, conforme al sabio y concertado plan que seguia lord Wellington. No sucedió lo mismo al ala izquierda, ni era posible le sucediese, enclavijadas constantemente sus fuerzas con las francesas. Esta ala, que debia componerse de tres divisiones, no tomó dicha forma sino lentamente, segun apuntamos, conservándose excéntricos sus diversos trozos, y no pudiendo por lo tanto mantener comunicaciones muy frecuentes ni regulares con el cuerpo principal del ejército hasta que éste avanzase al Ebro. Así continuaron maniobrando en el invierno, no separándose de su anterior arreglo y distribucion. El mando que sobre todos ellos tenía D. Gabriel de Mendizábal era, más bien que real, aparente; pero bastó aún así para que amohinándose el general Renovales, en ciertiti manera antecesor suyo, se alejase de aquel país y fuese en busca de lord Wellington, á quien queria exponer sus quejas; lo cual puso en ejecucion con tan fatal estrella, que hallándose en territorio cercano al que ocupaban los enemigos, descubriéronle éstos, y le cogieron prisionero á él y á otros seis oficiales en Carvajales de Zamora.

Referirémos, pues, aquí las refriegas y sucesos militares de más cuenta que hubo entre esta ala izquierda del cuarto ejército, y el de los contrarios, llamado del Norte, por los meses de invierno y primavera, ántes de abrirse la gran campaña, en la que jugaron casi á la vez las fuerzas combinadas de Inglaterra, Portugal y España contra las francesas destinadas á combatir en la Península hispana.

Dando principio á la tarea, dirémos que D. Francisco Longa, acompañado de su partida y de dos batallones vascongados, acometió en 28 de Enero un punto que los enemigos tenían fortalecido en Cubo, camino de Búrgos á Pancorbo, y le rindió, cogiendo su guarnicion prisione-

ra. Demolió Longa el fuerte, de cierta importancia por su posición. Enderezóse en seguida á Briviesca, mas se halló entre dos fuegos, viniendo sobre él Caffarelli, que todavía mandaba el ejército francés del Norte, y Palombini, al frente de sus italianos, enviado de refuerzo por José, desde Madrid, de donde había salido el 8 de Febrero, tomando la ruta por Segovia y Búrgos. Evitó Longa el encuentro de ambos, y no siéndole dado á Caffarelli escurrir cual deseaba al partidario español, retrocedió á Vitoria, después de haber asegurado aún cuá las guarniciones del tránsito, y apostado á Palombini en Poza.

Era la posesión de esta villa importante, ya por hallarse en la carretera que conduce de Búrgos á Santoña, ya por servir de guarda y amparo al laboreo de los ricos minerales y salinas que producen aquellos contornos, cuyos rendimientos no descuidaba recoger la codicia del invasor. Está Poza situado al pié de una empinada roca, sobre la cual asiéntase el castillo estrecho, y que guarnecían solos 50 hombres. Confiado Palombini, y creyéndose del todo seguro, destacó algunas fuerzas con intento de echar derramas y juntar víveres, de que carecía. En acecho Longa, avisó á D. Gabriel de Mendizábal, y unidos ambos acometieron á los italianos de Poza al amanecer del 11 de Febrero, con lo que les dieron buena laborada. Traían los españoles 5.000 hombres, que distribuyó Mendizábal en tres trozos, mandando á Longa que con uno sorprendiese al enemigo en sus alojamientos. Consiguíólo el español hasta cierto punto, apoderándose de bagajes, de hombres y de bastantes armas. Y completo hubiera sido el triunfo, si Palombini, á fuer de veterano en la guerra de España, fatigosa y de incesante afán, no hubiera estado vigilante, alejándose al primer ruido para apostarse en el campo por donde sus soldados habían salido á forrajear y proveerse de bastimentos, con lo cual, y manteniéndose á cierta distancia, aguardando el día claro y la vuelta de las fuerzas segregadas que en parte tornaron luégo, no sólo se salvó, sino que, reanimado, trató á su vez de atacar á los españoles, dándoles, en efecto, impetuosa arremetida. Fué ésta empeñada, y el terreno disputado á palmos; mas al fin, no queriendo los nuestros aventurarse á perder lo ganado, se retiraron, poniendo en cobro casi toda la presa. No permaneció Palombini en aquel sitio, para él no de gran dicha, enderezando sin dilación sus pasos á las provincias Vascongadas.

En ellas proseguía sin interrupción el tráfico de la guerra, y los batallones del país se portaron con valentía en repetidas peleas, que se sucedieron desde entradas de año hasta el Junio, amenazando en ocasiones á Bilbao, áun metiéndose hasta en la misma villa, segun aconteció el 8 de

Enero y el 10 de Mayo, mereciendo, además, honrosa mención los reencontros habidos en Ceberio, Marquina y Guernica.

Tuvieron también los franceses mala salida en un primer ataque que intentaron contra Castro-Urdiales. Mandaba ya el ejército enemigo del Norte el general Clausel, sucesor de Caffarelli, y queriendo asegurar más y más la costa de cualquier desembarco que trazasen los ingleses, pensó en apoderarse de Castro-Urdiales, puerto abrigado y bueno para el cabotaje y buques menores, situado en la provincia de Santander, partido de Laredo. Tiene la villa 3.000 habitantes, y la circuye un muro antiguo torreado, que corre de mar á mar y cierra el istmo que sirve de comunicación á península tan reducida. En ambos extremos de la muralla habíanse establecido dos baterías, divisándose en la parte opuesta al istmo avanzada al mar la iglesia parroquial, y el castillo, fundado sobre un peñasco que domina la playa; saliendo de aquí hácia el Este, unidas por dos arcos, escarpadas rocas, que á causa de su mucha altura resguardan de los noroestes el puerto, hallándose colocada en su remate una ermita con la advocación de Santa Ana. Había de guarnición en la plaza 1.000 hombres, y artillaban sus adarves unas 22 piezas. Era gobernador D. Pedro Pablo Alvarez.

Vinieron sobre Castro el 13 de Marzo Palombini con su división italiana, y el mismo Clausel, acompañado de un batallón francés y 100 caballos. Llegados que fueron, examinaron las avenidas del puerto, y se decidieron á acometer los muros por escalada en la noche del 22 al 23; lo que se les frustró, rechazándolos la guarnición gallardamente, ayudada del fuego de buques ingleses que por allí cruzaban. Aguardó Clausel entónces refuerzos de Bilbao, que no acudieron, amagada aquella villa por algunos cuerpos españoles de las mismas provincias Vascongadas. Y con eso y adelantarse por un lado á Castro D. Juan Lopez Campillo al frente del segundo batallón de tiradores de Cantabria, y por otro D. Gabriel de Mendizábal, seguido de algunas fuerzas, desistió Clausel de su intento, yéndose en la noche del 25 al 26 de Marzo, después de haber abandonado escalas y muchos pertrechos. En seguida, y para no perder del todo el fruto de su expedición, se acercaron los enemigos á Santoña, y metieron dentro socorros, de que estaba falta la plaza, tornando á Bilbao hostigados por los nuestros y llenos de molestia y cansancio.

Al principiar Mayo emprendieron de nuevo los franceses el cerco de Castro-Urdiales, sirviéndose para ello de la división de Palombini y de la del general Foy, procedente de Castilla la Vieja. La guarnición se preparó á rebatir los ataques, aproximándose en su auxilio fuerzas inglesas

de mar, que mandaba el capitán Bloye. Verificaron los enemigos su propósito, teniendo para lograrle que asediar con regularidad tan débil plaza. Los cercados hicieron sus salidas y retardaron los trabajos, pero no pudieron impedir que la flaqueza de los muros cediese pronto al constante fuego del sitiador. Aportillada brecha, se halló practicable el 11 de Mayo en el ángulo inmediato al convento de San Francisco. No por eso se dieron los nuestros á partido, y una y dos veces rechazaron las embestidas de los acometedores, alentando á los nuestros el brioso gobernador don Pedro Pablo Álvarez. Duró tiempo la defensa, á la que contribuyó no poco el vecindario, hasta que cargando gran golpe de enemigos, y entrando á escalada por otros puntos, refugiáronse los sitiados en el castillo, y desde allí fuéronse embarcando con muchos habitantes á bordo de los buques ingleses por el lado de la ermita de Santa Ana. Quedáronse en el castillo dos compañías, aguantando los acometimientos del frances, sin alejarse hasta haber arrojado al agua los cañones y varios enseres. De los postreros que dejaron la orilla fué el gobernador D. Pedro Pablo Alvarez, digno de loa y prez. El historiador Vacanni, allí presente, dice en su narracion: «La gloria de la defensa, si no igualó á la del ataque (cuenta que habla boca enemiga), fué tal, empero, que la guarnición pudo jactarse de haber obligado al ejército sitiador á emplear muchos medios y muchas fuerzas.....» Era, por tanto, acreedora la poblacion á recibir buen trato; que los bríos del adversario, más bien que venganza é ira, infundir deben admiracion y respeto en un vencedor de generoso sentir. Aquí sucedió muy al reves los invasores entraron á saco la villa, y pasaron á muchos por la espada, pusieron fuego alas casas, y ya no hubo sino lástimas y destrozos. En vano quiso impedir estos males el general Foy: los italianos dieron la señal de muerte y ruina, y no tardaron los franceses en seguir ejemplo tan inhumano.

Compensábanse tales quebrantos y agravios con los que padecian los enemigos en otros lugares. Espoz y Mina era de los que más pronto procuraban tomar de ellos cumplida satisfaccion y desquite. Su pelear no cesaba, ni tampoco sus movimientos, comenzando el año de 1813 por arrimarse á Guipúzcoa, y recoger en Deva municiones, vestuarios y dos cañones de batir que los ingleses le regalaron; con cuya ayuda pudo ya en 8 de Febrero poner cerco á Tafalla, recinto guardado por 400 franceses. En esto andaba, cuando noticioso que venía sobre él de Pamplona el general Abbé, á quien había escarmentado el 28 de Enero en Mendíbil, dividió sus fuerzas, dejando una parte en el sitio, y saliendo con la otra al encuentro de los enemigos. Dió con ellos en paraje inmediato á Tie-

vas, y logró aventarlos, revolviendo sin dilacion sobre Tafalla para continuar estrechando el asedio. Abrió allí brecha, y al ir á asaltar el fuerte, en 10 de Febrero, rindiéronse los franceses. Inutilizó Mina las obras que éstos habian practicado, y demolió los edificios en que áun podian volver á encastillarse, y de los que tenian fortalecidos algunos. Otro tanto ejecutó en Sos, si bien la guarnicion se salvó ayudada por el general Paris, que á tiempo vino en socorro suyo de Zaragoza. Destruíanse así, en grave perjuicio de los enemigos, los puntos fortificados que tenían para asegurar sus comunicaciones.

Oficiales y partidas dependientes de Mina hacian á veces excursiones, algunas muy de contar. Atrevida y áun temeraria fué la de Fermin de Leguia, quien acercándose con solos quince hombres muy á las calladas y hora de media de noche al castillo de Fuenterrabía, subió primero, acompañado de otro, á lo alto, y matando al centinela, apoderáronse ambos de las llaves, dando entrada por este medio á los que se habían quedado fuera. Juntos, desarmaron y cogieron á ocho artilleros enemigos que estaban dentro, clavaron un cañon y arrojaron al mar las municiones que no pudieron llevar consigo, prendiendo, por último, fuego al castillo. Hicieronlo todo con tal presteza, que al despertarse la corta guarnicion que dormia en la ciudad, habian los nuestros tomado viento, y no osaron los franceses perseguirlos, recelando fuese mucho su número, encubiertos los pocos con la oscuridad de la noche.

Por su lado, incansable siempre Mina, tuvo el 31 de Marzo otro reencuentro en Lerin y campos de Lodosa con una columna enemiga, que desbarató, llevando la palma en aquella jornada la caballería, cuyos jinetes cogieron 300 prisioneros. Incomodado Clausel de tan continuadas pérdidas y menoscabo en su gente, quiso, como jefe del ejército frances del Norte, poniéndose de acuerdo con el general Abbé, que mandaba en Pamplona, estrechará Mina batiendo el país, y cercándole como si fuera á ojeo y cacería de reses. Cada uno de dichos generales salió de diverso punto, y Clausel, despues de reforzar á Puente la Reina, y de apostar en Mendigorria un destacamento, avanzó yendo la vuelta del valle de Berrieza. Pero Mina, haciendo una rápida contramarcha, habíase va colocado á espaldas del frances, obligando, en 21 de Abril, á los de Mendigorria á que se rindiesen. En lo que restaba de mes y posteriormente, no alzó mano Clausel en el acosamiento de Mina, entrando asimismo Abbé en el valle de Roncal, en donde si por una parte trató bien á los prisioneros, por otra no dejó de quemar los hospitales y sus enseres, y de abrasar en Isaba muchas casas y edificios. Hubo aún nuevas marcitas y contra-

marchas, inútiles todas; por lo que desesperanzado Clausel de aniquilar al guerrillero español, escribía al rey intruso no poder verificarlo sin mayores fuerzas, pues su contrario no arriesgaba choques sino sobre seguro, acometiendo sólo á cuerpos sueltos inferiores en número. Sin embargo, Mina, vivamente estrechado, tuvo ya en una de sus maniobras que tomar rumbo á Vitoria para guarecerse del ejército aliado que avanzaba, y á cuyos movimientos favorecían también los suyos, trayendo siempre á Clausel divertido y embarazado.

Éstos fueron los acontecimientos más de referir que ocurrieron por estas partes de la Península ántes de abrirse la gran campaña que empezó con el estío. Veamos lo que pasó en la corona de Aragon por el propio tiempo.

Allí sostenían el peso de la guerra los ejércitos españoles primero y segundo, auxiliados de la expedición anglo-siciliana y de somatenes y cuerpos francos. Campeaba aquél en Cataluña, el otro en Valencia; algunas divisiones dentro de Aragon mismo. Tenía de ordinario el primer ejército su cuartel general en Vich, y constaba de unos 17.700 infantes y de 550 caballos. No estaban comprendidos en este número los somatenes. Era general en jefe D. Francisco de Copons y Navia, sucesor de D. Luis Lacy, y hasta su llegada, que se verificó en Marzo, mandó interinamente el Barón de Eroles. No desaprovechó éste ocasión de molestar al francés, si bien estrenóse por un acto de humanidad muy laudable, ajustando con el general enemigo un convenio dirigido á mejorar el trato de los prisioneros, conforme á lo dispuesto ántes y al derecho de gentes, hollado sobradas veces por ambas partes.

Los franceses de esta provincia, aunque sometidos, como todos los demos de la corona de Aragon, al mariscal Suchet, dependían inmediatamente del general Decaen, bajo cuyas órdenes se hallaban dos divisiones, capitaneadas la una por el general Maurice Mathieu, gobernador al principio de Barcelona, y la otra por el general Lamarque, que residía casi siempre en Gerona, ascendiendo la totalidad de ambas á 14.091 hombres de infantería con 876 jinetes. Había, además, en Tarragona una brigada de italianos compuesta de 2.000 hombres, que mandaba el general Bertolotti.

Seguían los españoles ahora en Cataluña un plan de campaña acomodado á las circunstancias del país y según el prudente querer de lord Wellington. Era este huir de acciones generales, estrechar al enemigo en las plazas, interrumpir sus comunicaciones y arruinar y desfortalecer los puntos que se le tomasen. Obró de este modo el Barón de Eroles, ayuda-

do á veces, cuando se acercaba á la costa, por los buques británicos; así aconteció yendo sobre Rosas, así en una tentativa del lado de Tarragona, teniendo tambien la dicha de rechazar á los franceses en un reencuentro que tuvo con ellos en la Cerdaña.

Al promediar Marzo, tomando Copons el mando, lleváronse adelante las empresas contra el enemigo fundadas en probabilidad de buen éxito, tocando á Eroles, como diligente y osado, ejecutar las más difíciles y arriesgadas. En el propio mes, y ántes de su remate, se determinó acometer y dismantelar los puestos fortificados que conservaba el frances entre Tarragona y Tortosa, y amparaban comunicacion tan importante. Tomó Eroles de su cuenta el empeño, y favorecido por la ayuda que le dió Mr. Adam, comandante del navío inglés *Invencible*, arrasó en el término de tres dias varios de aquellos fuertes, colocados en Perelló, Torre de la Granadella, venta de la Ampolla y otros sitios vecinos, cogiendo cañones, prisioneros, ganado y algunos buques menores.

Poco ántes el brigadier Rovira habia penetrado en Francia y metídose en Prats de Moló, pueblo murado en medio de las montañas con un castillo fortalecido á la traza de Vauban. Ayudaron macho á Rovira en su empresa el coronel Llauder y el capitan D. Nicolas Iglesias. Saquearon parte de la poblacion, apoderándose de dinero, y se llevaron rehenes y prisioneros, entre ellos á los comandantes de la plaza y del castillo. Á la guardia nacional de los contornos, que acudió en socorro de los suyos, escarmentáronla los españoles, y cogieron á dos de sus jefes.

El Coll de Balaguer, Olgot y otros puntos solian permanecer bloqueados por los nuestros, y hallándose durante el mes de Mayo en observacion de las avenidas del segundo D. Manuel Llauder, quisieron los franceses espantarle, y para ello aproximaron por la espalda una columna de 1.500 hombres, dirigida por el coronel Marechal; de lo que noticioso Llauder, le salió al encuentro el día 7 del propio mes la vuelta del valle de Ribas, por donde los enemigos enderezaban su marcha. Trabóse allí porfiado choque, y no sólo se vieron los enemigos repelidos del todo, sino que tambien fueron desalojados por los nuestros de las alturas de Grast y Coronas, persiguiéndoles hasta más allá Llauder en persona, que se portó briosamente. En el espacio de siete á ocho horas que duró la refriega perecieron de los enemigos unos 300 hombres, quedando en nuestro poder 290 prisioneros, fusiles, mochilas y otros pertrechos. Por esta accion, en verdad señalada, agracióse años adelante á D. Manuel Llauder con el titulo de marqués del Valle de Ribas.

No pudieron, sin embargo, los españoles impedir que los enemigos,

despues de un movimiento hábil y concertado de todas sus fuerzas en Cataluña, socorriesen á mitad de Mayo las plazas de Tarragona y Coll de Balaguer, escasas de medios, capitaneándolos Maurice Mathieu. Pero al tornar de su expedicion espíolos D. Francisco Copons, que tuvo entónces tiempo de reunir alguna gente, y los aguardó en La Bisbal del Panadés, situándose en el Coll de Santa Cristina. Desde allí, incomodándolos bastante, los repelió en cuantas tentativas hicieron para destruirle, ó á lo ménos ahuyentarle, y les causó una pérdida de más de 600 hombres.

Alojábase por lo comun el cuartel general del segundo ejército en Murcia, á las órdenes de don Francisco Javier Elío, apoyándose para sus operaciones en las plazas de Cartagena y Alicante, y consistiendo su fuerza en 34.900 hombres de infantería y 3.400 de caballería, distribuidos en seis divisiones, que regian D. Francisco Miyares, D. Pedro Villacampa, D. Pedro Sarsfield, D. Felipe Roche, don Juan Martin el Empecinado, y D. José Durán, si bien alguna de ellas varió despues de jefe. Contábanse por separado, y permanecian en Alicante y sus alrededores, la expedicion anglo-siciliana y la division mallorquina del mando de Whittingham. Las de Sarsfield, Villacampa, el Empecinado y Durán fueron las que, sosteniéndose en Aragon, guerrearón más en el invierno, arrimándose las de los dos primeros á Cataluña para favorecer aquellas maniobras, la del tercero á Soria y Navarra, y la del cuarto y último á Castilla la Nueva, poniéndose á veces todas de concierto para hacer incursiones, que distraian al enemigo y le hostigaban. Parecidas estas peleas á las muchas ya referidas del mismo linaje, inútil se hace entrar aquí en sus pormemores, particularmente no habiendo entre ellas ninguna muy señalada, aunque molestas siempre al enemigo por doquiera, y en Madrid mismo, á cuyas puertas acercábase el Empecinado á la manera de ántes, é interceptaba las comunicaciones con pueblos tan vecinos como Alcalá y Guadalajara, burlándose de los ardides y evoluciones que para destruirle verificó en Abril el general Sout.

Hubiera valido más se redujesen á semejantes correrías las operaciones de este segundo ejército hasta que se abriese la campaña general proyectada por lord Wellington; pero el acaso, ó más bien reprehensible negligencia, empeñóle en refriegas, en las que tocó desgraciadamente la peor parte á las divisiones suyas, que se albergaban en Murcia, cuyos cuerpos habian comenzado á moverse en Marzo, de acuerdo con la division mallorquina del mando de Whittingham y la expedicion anglo-siciliana. Aquélla tenía ahora unos 8.939 infantes y 1.167 caballos, hallándose la última reforzada con 4.000 hombres que en Diciembre anterior

habia traído de Palermo el general J. Campbell: mandaba á ésta en la actualidad sir Juan Murray, despues de haber pasado su gobernacion por las manos de Clinton y del mismo Campbell, ausente ya su primer caudillo el general Maitland por causa de enfermedad. Lord Guillermo Bentinck era el destinado para ponerse al frente, mas retardó su viaje, ocupado en Sicilia en otros asuntos: por manera que á esta porcion del ejército británico le cupo la misma suerte, en cuanto al mando, que al otro suyo de Portugal en 1808, pendiendo la sucesion rápida ocurrida en los jefes, de accidentes inesperados y de abusos y descuidos que nunca faltan áun en los mejores gobiernos.

Avanzando los aliados, formaron una línea que corria desde Alcoy á Yecla por Castalla, Biar y Villena, conservando tropas en Sax y Elda. Aquí estaba el general Roche con su division; en Yecla, ocupando la izquierda, D. Fernando Miyares, de que era centro Castalla, guarnecida por el general Murray; y la derecha Alcoy, que cabria D. Santiago Whittingham, quien primero se habia posesionado, en 15 de Marzo, de aquel pueblo, arrojando á los franceses y dilatando sus movimientos hasta Concentaina, en donde hizo un reconocimiento de venturosas resultas, con pérdida para el enemigo de anos 100 hombres. La reunion amenazadora de estas tropas, y el temor de que se engrosasen cada vez más, obligó al mariscal Suchet á vivir muy sobre aviso, y dispuesto á no desperdiciar ocasion de precaver los intentos hostiles de los españoles. Acechábala el frances, y le pareció llegada en los primeros dias de Abril, bien informado de la distribucion de las tropas de los aliados y de cuáles eran las más flacas por su organizacion y disciplina. Creia se hallaban en este caso las de la division apostada en Yecla á las órdenes de Miyares, y trató Suchet de cogerla entera, confiado, ademas, en nuestro habitual descuido y en la distancia que la separaba de los otros cuerpos. Escogió con este propósito lo más florido de su gente, y juntóla el 10 de Abril por la noche en Fuente la Higuera, en cuyo pueblo repartida en dos trozos, mandó marchase uno de ellos, en donde él iba, compuesto de la division del general Habert y de otras fuerzas con golpe de caballería, la vuelta de Villena, y que el otro, formado de la division que regía Harispe, cayese rápidamente y á las calladas sobre Yecla y sobre los españoles allí situados. No pudieron los enemigos marchar tan silenciosamente que no fuesen sentidos de los nuestros, los cuales al aparecer aquéllos poníanse ya en camino con direccion á Jumilla. Eran los de Miyares de 3 á 4.000 peones y pocos jinetes; más los franceses, quienes atacando el 11 muy de mañana y de recio, encontraron en los nuestros

resistencia hidalga, trabándose la pelea dentro del mismo pueblo, aún no evacuado del todo, cuyas calles defendieron á palmos los regimientos de Búrgos y de Cádiz, replegándose en seguida á una ermita cercana. Junta entónces la division, pasando de loma en loma, retirábase en buen orden, disputando con brío cada puesto, cuando impaciente Harispe, y queriendo desconcertar á los españoles (1), apresuró su carga é hizo punta de sus tropas sobre el centro nuestro, que cansado y perdiendo la conveniente serenidad, flaqueó en disposicion, que, rota la línea, cundió el desánimo, echándose unos atrás precipitadamente, y arrojándose otros al llano, en donde, si bien lidiaron largo rato sustentando la militar honra, rodeados y opresos, muertos y heridos muchos, tuvieron los demas que deponer las armas en número de unos 1.000 con 68 oficiales y el coronel D. José Montero.

Entre tanto, siempre en vela Suchet, manteníase en Caudete, ya para reforzar, si era necesario, á los suyos de Yecla, ya para impedir cualesquiera socorros que enviasen Murray y Elío. Continuó en aquel sitio miéntras alumbró el sol; pero adelantándose á explorar su estancia caballería inglesa, movióse el frances á la caida de la tarde, y llegó á Villena despues de oscurecido. Retiráronse á su avance los jinetes británicos; mas Elío, á pesar de instancias juiciosas que se le hicieron, dejó en el antiguo y mal acomodado castillo de aquélla ciudad, sito en la cumbre del cerro apellidado de San Cristóbal, al batallon de Vélez Málaga, que mandaba su coronel, D. José Luna. Imaginóse se hallaba éste provisto de suficientes municiones de boca y guerra para mantenerse firme durante dos ó tres días, y sobre todo, que el enemigo no acometeria

(1) Usamos de las expresiones *apresurar la carga* y *hacer punta de sus tropas*, á imitacion de autores nuestros del mejor tiempo. Ha habido quien, poco versado en ellos, se ha imaginado que éstas u otras parecidas eran tomadas del frances; pero no es así. *Cargar*, *dar una carga*, *apresurar la carga*, modos son de hablar que á menudo han empleado Mariana, Mendoza y otros autores de los más escogidos. Lo mismo sucede con los que más particularmente han escrito sobre el arte de la guerra. Don Bernardino de Mendoza, en su *Teórica y práctica de ella*, libro impreso en Ambéres en 1596, s'rvese con frecuencia de las palabras *cargas*, *cargar*, etc., en vez de *acometidas*, *acometer*, etc.; y el capitan *Diego de Salazar*, en su obra de *Re militari*, ya en otra ocasion citada, usa de la frase *hacer una punta de ejército*. Estos autores y Montero de Espinosa, Urrea, Eguiluz, Londoño, con otros varios que escribieron en tiempo de las campañas de Flándes, seminario de guerreros ilustres, debian ser más estudiado, por los que se ocupan en cosas militares y quieren hablar con propiedad de ellas, no oponiéndose las alteraciones que desde entónces ha habido en el arte de la guerra, siempre que haya discernimiento y tino en la eleccion de las frases y los términos, y en su aplicacion.

aquel sitio antes de que despuntase el día 12. Persuasion liviana tratándose de contrarios tan audaces y prestos como son los franceses. Fué en vano pensar en contenerlos: no dieron vagar, pues hundiendo las puertas á cañonazos, penetraron en Villena muy luégo, y á poco tuvieron que capitular los del castillo. Eran sobre 1.000 hombres.

Anhelando el mariscal Suchet no pararse en carril tan venturoso, dió principio en el mismo día 12 á sus acometidas contra los ingleses. Tenian éstos su vanguardia, capitaneada por Federico Adam, en el puerto y angosturas de Biar, con órden de replegarse á Castalla, disputando ántes al enemigo el paso. Cumpliéronlo así aquellos soldados, y su jefe mostró pericia suma, apresurando su retirada tan sólo al caer de la noche, si bien despues de haber perdido alguna gente, y tenido que abandonar dos cañones de montaña.

Posesionáronse los enemigos de Biar, y se acamparon á la salida que va á Castalla; en donde, ufanos con los lauros conseguidos, aguardaron impacientes la llegada del día, seguros casi de coger otros mayores, y de singular y gustosa prez para ellos, por ser ganados en parte contra ingleses. No abatido por su lado el general Murray, preparóse á hacer rostro á sus contrarios tranquila y confiadamente. Colocó la division mallorquina de Whittingbam con la vanguardia, que guiaba el coronel Adam, en unas alturas á la izquierda, roqueñas y de escabrosa subida, que terminan en Castalla, á cuya poblacion, puesta á la raíz de un monte coronado por un castillo, la encubria en ruedo la division del general Mackenzie y un regimiento de la de Clinton. Seguia lo restante de la fuerza de éste por la derecha, sirviéndole de resguardo naturales defensas, y de reserva tres batallones de la gente de don Felipe Roche. Habian los aliados construido por acá, y al frente del castillo, diversas baterías. No se hallaba presente, ni tampoco acudió á la accion que se preparaba, el general Elío, retirado en Petrel con algunos batallones despues de lo acaecido en Villena.

Amaneció, por fin, el día 13, y desembocando el enemigo de las estrechuras de Biar, desplegó sus fuerzas por la hoya de Castalla, fecunda y en productos rica. Ascendian éstas á 18.000 infantes y 1.600 caballos. No inferiores los nuestros en número, éranlo bastante en jinetes. Empezó Suchet el combate explorando el campo y enviando hácia Onil la caballería. Luégo, teniendo fijo su principal conato en trastornar la izquierda de los contrarios, soltó 600 tiradores acaudillados por el coronel d'Arbod, con órden de que trepando por la posicion arriba la envolviesen y dominasen. Al mismo tiempo amagó el mariscal frances á los

aliados por lo largo de toda la línea, ostentando gallardía y mucha firmeza. Corrieron en aquel trance los nuestros algun riesgo, debilitada la izquierda por la ausencia momentánea de D. Santiago Whittingham, que se habia alejado poco ántes para hacer un reconocimiento; pero á dicha y oportunamente llegó de Alcoy con fuerza D. Julian Romero, quien reprimió la audacia de los enemigos, que ya se encaramaban á las cimas. Tambien Whittingham, noticioso de lo que ocurría, tornó á su puesto, y él y Adam y los demas arrollaron á los acometedores, quedando muerto el coronel d'Arbod. Infructuosamente envió en apoyo de los suyos el mariscal Suchet al general Robert con cuatro batallones: todos ellos bajaron desgalgados la montaña, y muchos coloraron con sangre el suelo. Whittingham y Adam, principales jefes, alentaban á la tropa, que por la mayor parte era española, dándole ellos mismos ejemplo, y lo propio los que mandaban en las cumbres, Romero, Casas, Campbell, Casteras y el teniente coronel Ochoa, brillando á cual más todos, no sólo en denuedo, sino tambien en habilidad y destreza; porque, á dicho de nuestros antiguos (2), «las fuerzas del cuerpo non pueden ejercer acto loado de fortaleza, si non son guiadas por corazon sabidor.» Igualmente se le malogró al frances el amago que habia hecho contra el centro y derecha de los anglo-sicilianos; por lo que recogiendo Suchet su gente, la apostó en escalones, apoyándola por retaguardia en la division del general Harispe, y defendiéndola por el frente con la artillería que plantó en las entradas del camino de Biar.

Entónces más animoso Murray, resolvió avanzar, y lo verificó en dos líneas, dejando en las alturas las tropas de su izquierda, y cubriendo su derecha con la caballería. Pero intimidado Suchet, no se detuvo en la hoya ó valle, sino que triste tornó á cruzar por la tarde un desfiladero, que, como decía Murray en su parte, habia atravesado por la mañana triunfante y alegre. Prosiguió Suchet retirándose hácia Villena, y no paró hasta Fuente la Higuera y Onteniente; volviéndose los aliados, anochecido ya, á sus estancias de Castalla. Perdieron los franceses en esta jornada algo más de 1.000 hombres, nosotros 670, la mayor parte españoles, como que representaron allí el más glorioso y sobresaliente papel, despicándose del golpe recibido en los días anteriores; que son nuestros soldados bravos é intrepidos, siempre que los guian caudillos de buen entendimiento y brío. Procuró Suchet ocultar su descalabro presentan-

(2) *Doctrinal de los caballeros, que hizo é ordenó el muy reverendo, Sr. D. Alonso de Cartagena.*

do con cuidadoso estudio por los caminos de Valencia y Cataluña, á manera de trofeo, los prisioneros de Villena y Yecla. Bien lo necesitaba para mantener en alguna quietud los pueblos, muy conmovidos con lo que pasaba en España y en toda Europa, y con lo que se preveía. Empezó Suchet en Castalla á probar los reveses de la fortuna, tan propicia para él hasta entónces; pero que vária y antojadiza, adversa ya á las armas francesas, perseguíalas en muchas partes, y les preparaba en todas largos días de entristecimiento y luto.

Dieron Abril y Mayo las primeras señales del asombroso estremecimiento que iba de nuevo á conmover el mundo, y hacer más caediza la suerte de cuerpos é individuos, de estados y coronas. Fué una de ellas la salida de Napoleon de París en 15 de Abril para empezar la campaña en Alemania; y fué otra el haber lord Wellington alzado sus cuarteles á mitad de Mayo para abrir tambien la suya en Castilla y continuarla hasta los Pirineos, y aún dentro de la Francia misma. En aquélla vióse todavía equilibrado en un principio el poder del Emperador frances con el de los soberanos del Norte, cautivadas algun tiempo las fantasías de la fortuna por el coloso que la habia tenido como aprisionada y rendida no pocos años; en la última salieron vencedores siempre en los más empeñados reencuentros, rompiendo por cima de valladares y obstáculos, los intrépidos aliados. Siendo sólo propio de esta *Historia* el detenernos á referir lo tocante á los acontecimientos postreramente indicados, pasarémos á verificarlo, prescindiendo, á lo ménos por ahora, de los lemas ocurridos fuera del suelo peninsular.

Al moverse, tenía lord Wellington bajo de sus inmediatas órdenes 48.000 hombres de su nacion, 28.000 portugueses, y ademas las divisiones españolas del cuarto ejército que se alojaban á su derecha, con las que del mismo permanecian en el Vierzo y Astúrias, ascendiendo juntas á 26.000 combatientes. Fué la marcha de los aliados por este órden. La caballería que habia invernado en los alrededores de Coimbra, púsose en movimiento por Oporto á Braga para pasar desde allí á Braganza, en donde debian darse la mano con la izquierda de los suyos, gobernada por sir Thomas Graham, quien cruzó el Duero en Portugal cerca de Lamego; maniobra que se practicó sin que los franceses la barruntasen, proveyéndose los aliados fácilmente de barcas sin excitar sospecha, por la abundancia que de ellas habia, con motivo de haber los ingleses habilitado para su abastecimiento la navegacion del Duero, hasta donde el Agueda descarga en él sus aguas. Colocáronse así á la derecha de aquel rio cinco divisiones de infantería y dos brigadas de caballería, sobreco-

giendo á los enemigos, que se figuraban vendrian sus contrarios sólo por la izquierda. Tuvieron los anglo-portugueses tropiezos en su marcha por lo escabroso del país y estrechuras de los caminos, mas todo lo venció la perseverancia británica. Asegurada la izquierda, y amagado el frances por la derecha del Duero, alzó lord Wellington sus reales á la propia sazón, saliendo de la Fregeneda el 22 de Mayo, acompañado de dos divisiones inglesas, otra portuguesa y alguna fuerza de caballería. Juntóse en Tamámes la mayor parte de la segunda division española, del mando de D. Cárlos de España (la restante quedó en Ciudad-Rodrigo), perteneciendo á ella los jinetes de D. Julian Sanchez; y todos se encaminaron al Tórmes, via de Salamanca. Sobre el mismo rio, pero del lado de Alba, formando la derecha, movióse sir Rowland Hill, y con él la primera division española, que capitaneaba D. Pablo Morillo, quien venía de la Extremadura, habiendo pasado los puertos que la dividen de Leon y Castilla.

Disponíanse los enemigos á contrarestar la marcha de los aliados, reunidos en Castilla la Vieja los ejércitos suyos llamados del Centro, Mediodía y Norte, y á su frente José en persona, manteniendo aún sus cuarteles en Valladolid. Fuera su primer intento defender el paso del Duero, si no se lo desbaratáran las acertadas maniobras de los ingleses, poniéndose á la derecha del mismo rio. Sin embargo, se trabaron choques ántes de abandonar aquella línea. Guarnecia á Salamanca la division de Villatte con tres escuadrones, quien evacuó la ciudad al aproximarse lord Wellington, colocándose en unas alturas inmediatas, de donde le arrojaron el general Fane, atravesando el Tórmes por el vado de Santa Marta, y el general Alten, que lo verificó por el puente. Villatte perdió municiones, equipajes y muchos hombres entre muertos y heridos con 200 prisioneros. Retiróse por Encina á Babila-Fuente, uniéndosele cerca del lugar de Huerta un cuerpo de infantería y caballería procedente de Alba de Tórmes, de cuyo punto los habia echado D. Pablo Morillo, cruzando el rio con gran valentía, y distinguiéndose al enseñorearse de la puente los cazadores de la Union y Doyle.

El centro del cuarto ejército español, ántes sexto, acantonado en el Vierzo, y la quinta division, tambien suya, situada en Oviedo, concurrieron, segun hemos insinuado, al movimiento general y de avance. Preparábase el 29 de Mayo el general D. Pedro Agustin Giron, que mandaba en jefe en ausencia de D. Francisco Javier Castaños, á celebrar el 30, en Campo Naraya, los dias del rey Fernando por medio de paradas y simulacros guerreros, cuando recibió orden de lord Wellington, duque de Ciu-

dad-Rodrigo, para ponerse sin dilacion en marcha sobre Benavente y en contacto con la izquierda del ejército aliado, huyendo de dar la suya al enemigo, en términos de evitar cualquiera refriega que no fuese general ó de concierto. No tardó D. Pedro en cumplir con lo que se le encargaba, y trasladando el mismo dia 29 su cuartel general á Ponferrada, entró ya el 2 de Junio en Benavente. Vadearon sus tropas el Esla al amanecer del 3 en Castro Pepe y Castillo, arruinado por los enemigos el puente de Castro Gonzalo, y llegaron por la noche á Villalpando, en donde descansaron el 4, agregándoseles allí la quinta division, que venía de Asturias y mandaba D. Juan Diaz Porlier. Hiciéronse las marchas muy ordenadamente, y empezáronse á coger los frutos de los ejercicios militares del invierno y primavera, y los de una rígida y conveniente disciplina.

Hácia estas partes y derecha del Duero habíase dirigido ya, no sólo la izquierda inglesa, guiada por el general Graham, sino tambien el centro de su ejército, capitaneado por lord Wellington en persona. Dueño éste de Salamanca hizo allí alto dos dias, reuniendo su centro y derecha entre el Tórmes y el Duero inferior. Marchó el 29 la vuelta de Miranda, ciudad de Portugal fronteriza á las márgenes del último rio, cuyas aguas cruzó por aquí el general inglés acompañado sólo del centro, que se juntó el 30 con la izquierda en Carvajales; todos los puentes, excepto el de Zamora, habian permanecido destruidos desde la retirada del ejército británico en el otoño, ó habíanlo sido de nuevo por los franceses, cuando se hallaban reparados. Quisieron en seguida los ingleses pasar el Esla, tributario del Duero, por un vado próximo al mismo Carvajales; pero siendo de dificultoso tránsito, echaron un puente y lo verificaron el 31.

Desprevenidos los franceses, no tenian en aquellas orillas sino un piquete, y por tanto no ofrecieron resistencia notable. Los movimientos de los aliados habíanse ejecutado con tales precauciones y celeridad, que los ignoraba del todo el enemigo, quien percibió ahora claramente el sabio y bien entendido plan de lord Wellington; conociendo, aunque tarde, ser inútil y ya imposible sostener la línea del Duero. En consecuencia, inhabilitaron sus tropas en Zamora el puente que habian conservado reparado, retirándose de aquella ciudad y de Toro, en donde entraron los aliados, trabándose despues en Morales, via de Tordesillas, un choque en que los franceses experimentaron bastante pérdida, y lució por su brío la caballería de D. Julian Sanchez.

Paróse lord Wellington en Toro, así para dar tiempo á que toda su gente se le reuniese, como tambien para que las tropas de su derecha, que guiaba sir Rowland Hill, pasasen el Duero. Todo se ejecutó á su sa-

bor y cual tenía ordenado; hallándose ya en comunicacion y aún en inmediato contacto el ejército de Galicia, ó sea centro del cuarto español, cuyos reales alojáronse el 6 de Junio en Cuenca de Campos, dia en que los de Wellington se establecieron en Ampudia, pueblo vecino.

Cruzado el Duero por los cuerpos que ocupaban ántes la izquierda, correspondiéndose ya todos entre sí, prosiguió su marcha el general inglés, dejando en Zamora municiones y efectos de guerra, y para su custodia á la segunda division española, que tenía gente suya repartida en Ciudad-Rodrigo, Salamanca y Toro. Andaban los franceses algo desalentados con irrupcion tan súbita, en especial por ser inesperado el modo como Wellington la verificára. Así sus medidas resintiéronse de apresuramiento, é indicaban sobresalto y dudas.

Distribuidas ahora sus fuerzas entre Valladolid, Tordesillas y Medina, se retiraron detras del Pisuega, que tambien abandonaron, marchando en líneas convergentes, camino de Búrgos. Allí se trasladó el intruso, habiendo salido de Palencia el 6 de Junio, en cuya ciudad hizo corta parada viniendo de Valladolid. Le siguieron sus tropas, estrechadas cada vez más por lord Wellington, quien atravesó el Carrion el 7, y adelantando su izquierda en los dias 8, 9 y 10, cruzó tambien el Pisuega, no apresurando su marcha el 11, y dando el 12 descanso á su gente, excepto á la de la derecha, á la cual ordenó avanzar á Búrgos y reconocer la situacion del enemigo con deseo de obligarle á que desamparase el castillo, ó á que para defenderlo reconcentrase allí sus fuerzas. Al poner en obra el general Hill por mandato de Wellington esta operacion, descubrió á los enemigos apostados en unas alturas próximas al pueblo de Hormaza, con su siniestro costado enfrente de Estepar. Acometiólos, mas ellos se echaron atras, si bien en la mejor ordenanza, aguantando sin descomponerse repetidas descargas de la artillería volante, manejada con destreza por el mayor Gardiner. Perdieron, sin embargo, los franceses varios prisioneros y un cañon, y se situaron despues en las riberas de los rios Arlanzon y Urbel, que con las lluvias habian cogido mucha agua, retirándose sólo de aquel puesto durante la noche, despues de haber evacuado á Búrgos el 14 de Junio.

Verificáronlo así, acosados constantemente y ceñidos de cerca por los aliados, que llevaban casi siempre abrazada la derecha enemiga. Tambien por la opuesta hostigábalos D. Julian Sanchez y otros guerrilleros revueltos y á la continua, como si ya no tuviesen bastante los franceses con sentir sobre sí el fatigoso y no interrumpido látigo de un ejército bien ordenado, que marchaba á sus alcances con presuncion de vencer.

Abandonaron los enemigos el castillo de Búrgos, desfortaleciéndole ántes y arruinándole hasta en sus cimientos. El modo como lo ejecutaron dió lugar á siniestras interpretaciones; porque conservándose dentro, desde el último sitio, muchos proyectiles todavía cargados, acaeció que al reventar las minas practicadas para derribar los muros, volaron tambien muchas bombas y granadas, que causaron estrago notable. Escritores ingleses han afirmado que el enemigo procedió así para aniquilar los cuerpos de las tropas aliadas que se arrimasen á tomar posesion de la ciudad y del castillo. Por el contrario los franceses, que achacan tan lamentable contratiempo á mero olvido de la guarnicion. Nos inclinamos á lo último; mas sea de ello lo que fuere, cierto que de la explosion resultaron destrozos grandes, padeciendo la catedral bastante con el estremecimiento, no ménos que muchas casas y otros edificios. Redujose el castillo á un confuso monton de ruinas y escombros.

Tomó José, al desocupar á Búrgos, la ruta de Vitoria, yendo por Pancorbo y Miranda de Ebro, si bien no muy de priesa. Era su propósito trasladarse al otro lado de este rio para poner más en resguardo las estancias de su ejército, aproximándole á la raya de Francia, y engrosándole, ademas, con el suyo del Norte, y otras tropas que lidiaban en aquel distrito. Desbaratar en todo ó en parte semejantes intentos, y asegurar sin tropiezo el paso del Ebro, debia ser la mira del general británico, para aprovechar despues la primera oportunidad de combatir con ventaja. Tal fué, en efecto, no teniendo que hacer para alcanzarla más que perseverar en el plan de marchas y movimientos que desde un principio habia trazado. Firme en él, dispuso que su izquierda siguiese maniobrando para amagar siempre la derecha enemiga, y ganarle á veces la delantera. Así fué que dicha izquierda buscó la ribera alta del Ebro para pasarle, marchando á su derecha no muy léjos con el centro lord Wellington, y despues á las inmediaciones y siniestro lado de la carretera que va á Pancorbo y Miranda el general Hill. Tocando ya al Ebro todo el ejército, le cruzaron el 14 por Polientes los españoles del mando de D. Pedro Agustín Giron, que formaban el extremo del costado de Graham, y cruzóle tambien el mismo dia este general por San Martín de Linés, lugares ambos situados en el valle de Valderredible. Las demas tropas aliadas, con Wellington é Hill á su cabeza, atravesaron el Ebro el 15; algunas por los mismos parajes que Graham y los españoles, el mayor número por Puente de Arenas, en la merindad de Valdivielso. Al dia siguiente todo el ejército se movió sobre la derecha, si bien apartándose algun tanto los españoles, que tuvieron orden de tirar más á la izquierda por el valle

de Mena con direccion á Valmaseda, adonde llegaron el 18. Agregóse á Graham en Medina de Pomar D. Francisco Longa con su division.

La marcha fué en realidad penosa, señaladamente en los últimos días; los caminos, ásperos de suyo, impracticables para el carruaje, estábanlo ahora más con las copiosas lluvias que sobrevinieron, teniendo á menudo el brazo del gastador que allanar el terreno, y áun abrir paso que franquease la ruta al soldado, y diese á la artillería transitable carril. Hubo escasez de víveres, y á veces apretó el hambre por la priesa del caminar, la pobreza de la tierra y la devastacion que habia producido guerra tan prolongada; pero hízose todo llevadero con la esperanza de un cambio próximo y venturoso, obtenido por medio de inmediatos triunfos.

Azoró á los franceses y los desconcertó el rápido andar de los aliados, y el verlos al otro lado del Ebro, casi impensadamente, teniendo con eso que desistir de cualquiera empresa enderezada á defender el paso de aquel rio. Por tanto, el dia 18 salió el grueso del ejército enemigo de Pancorbo, dejando sólo de guarnicion en el castillo sobre 1.000 hombres, y se encaminó á Vitoria. Al avanzar los aliados, tenian de observacion los franceses algunos cuerpos apostados en Frias y en Espejo, que se replegaron el 18 á San Millan y á Osma de Alava. Atacó á los primeros el general Alten, y los ahuyentó, cogiéndoles 300 prisioneros; obligó Graham á los últimos á retirarse, acometiendo el 19 Wellington mismo, asistido de sir Lowry Cole, á la retaguardia francesa, situada en Subijana de Morillas y en Póbes, con la dicha de forzarla á desamparar su puesto, y á que buscase abrigo en el grueso de su ejército, que venía de Pancorbo. Esta aparicion repentina é inesperada de los aliados en las montañas do Vizcaya y Álava, y el haberse aproximado á Bilbao, hallándose ya en Valmaseda el centro del cuarto ejército español bajo las órdenes de D. Pedro Agustin Giron, impelió igualmente á los enemigos á reconcentrar las fuerzas suyas de aquellas partes, conservando sólo los puntos de la mayor importancia, y abandonando los que no lo eran tanto. Con este propósito embarcaron los franceses el 22 de Junio con premura la guarnicion de Castro-Urdiales, trasladándola á Santoña, que avituallaron competentemente, y en breve tambien dejaron libre á Guetaria, manteniéndose firmes en Bilbao, donde se alojaban italianos de los que Palombini, ahora ya ausente, habia traído de Castilla. Foy, que recorria ántes la tierra, tomó asimismo disposiciones análogas, segun veremos despues. Bloqueaba á Santoña D. Gabriel de Mendizábal con parte de la séptima division del cuarto ejército, ó sean batallones de las provincias Vascongadas.

De este relato colígese claramente la situación respectiva de los ejércitos enemigos, y cuán próxima se anunciaba una batalla campal. De-seábala lord Wellington, y para empeñarla había tratado de reconcentrar sus fuerzas, algo desparramadas, llamando á sí la izquierda extendida hasta Valmaseda, y haciéndola venir por Orduña y Munguía sobre Vitoria. Tenía el general inglés su centro y sus cuarteles el 20 en Subijana de Morillas, no lejos de su derecha, manifestándose todo el ejército muy animoso e impaciente de que se trabase pelea. Ocupaban ya entón-ces los franceses, mandados por José, las orillas del Zadorra y cercanías de Vitoria.

El modo glorioso y feliz con que en ménos de un mes habían los aliados llevado á cabo una marcha que, concluyendo en las provincias Vascongadas, había empezado en Portugal y en los puntos opuestos y distantes de Galicia, Astúrias y Extremadura, alentaba á todos, recreándose de antemano con la placentera idea de una victoria completa y cercana. Más de una vez hemos oído de boca de lord Wellington en conversacion privada, que nunca había dudado del buen éxito de la acción que entónces se preparaba, seguro de los bríos y concertada disciplina de sus soldados. Tan ilustre caudillo acreció justamente su fama en el avance y comienzo de esta nueva campaña. Calcular bien y con tino las marchas, anticiparse á los designios del enemigo y prevenirlos, tener á éste en continua arma y recelo, y obligarle á abandonar casi sin resistencia sus mejores puestos, estrechándole y jaqueándole siempre, digámoslo así, por su flanco derecho, maniobras son de superior estrategia, merecedoras de eterno loor; pues en ellas, segun expresaba el mariscal de Sajonia, aunque en lenguaje más familiar, consiste el *secreto de la guerra*.

Enfrente ahora uno de otro los ejércitos combatientes, parecía ser ésta ocasión de hablar de la batalla que ambos trabaron luégo. Mas suspenderémoslo por un rato, atentos á echar ántes una ojeada sobre la evacuacion de Madrid, y ocurrencias habidas con este motivo.

Desde el tiempo en que José saliera de aquella capital en Marzo, fueron también retirándose muchas de las tropas francesas que allí había, quedando reducido á número muy corto las que se alojaban en toda Castilla la Nueva. Motivo por el cual los invasores trataron con más miramiento y menor dureza á los vecinos, aunque no por eso dejasen de gravarlos con contribuciones extraordinarias y pesadas. Mandaba últimamente en Madrid el general Hugo, y á él lo tocó evacuar por postre-raz la capital del reino. Refiere éste en las Memorias que ha escrito lo

que entónces le acaeció, y entre otras cosas cuenta (3) que poco ántes de su salida habiansele hecho proposiciones, de que tuvo noticia José, segun las cuales ofrecia pasarse á las banderas del intruso un cuerpo entero del ejército español. Presumimos quiera hablar del tercero, como más inmediato. El Duque del Parque le mandaba, y guiaban sus divisiones generales fieles siempre, honrados y de prez; y si lo fueron en los dias de mayor tribulacion para la patria, ¿qué traza lleva que pudieran variar y tener aviesos intentos en los de prosperidad y ventura? Ahora ni el interes hubiera estimulado á ello á hombres que fuesen de poco valer y baja ralea, ¡cuánto ménos á caudillos ilustres, de muchos servicios y de esforzados pechos! Nosotros hemos tratado de apurar la verdad del hecho, y ni siquiera hemos hallado el menor indicio ni rastro de tan extraña negociacion, y eso que nos liemos informado de personas imparciales muy en disposicion de saber lo que pasaba. Creemos, por tanto, que hay grave error en el aserto del general frances, haciéndole la merced, para disculpar su proceder liviano, de que sorprendieron su buena fe embaudores ó falsos mensajeros.

El embargo de caballerías y carruajes, anunciador de la partida de los enemigos y sus secuaces, empezó el 25 de Mayo, y el 27 quedó evacuada del todo la capital, rompiendo el 26 la marcha un convoy numerosísimo de coches y calesas, de galeras, carros y acémilas, en que iban los comprometidos con José, sus familias y enseres, y ademas el despojo que los invasores y el gobierno intruso hicieron de los establecimientos militares, científicos y de bellas artes, y de los palacios y archivos; despojo que fué esta vez más colmado, porque sin duda le consideraron como que sería el último y de despedida.

Habia comenzado el primero ya desde 1808, y se habia extendido á Toledo, al Escorial y á las ciudades y sitios que encerraban, en ambas Castillas, así como en las Andalucías y otras provincias, objetos de valor y estima. Recogió Murat en su tiempo varios de ellos, principalmente del real palacio y de la casa del Príncipe de la Paz, parando mucho su consideracion los cuadros del Correggio, de que casi se llevó los pocos que España poseía, entre los cuales merece citarse el llamado la *Escuela del amor* (4), que fué de los duques de Alba, prodigiosa obra de aquel inimitable ingenio.

(3) *Mémoires du général Hugo*, tom. III, chap. XXXII.

(4) El cuadro de *La Escuela del Amor* está ahora en Lóndres, en el museo que se llama *National Gallery* en la calle de Pa I Mall. Lo vendió en Viena, segun nos han in-

Después contóse entre las señaladas rapiñas la que verificó cierto general francés muy conocido, en el convento de dominicas de Loeches, lugar de la Alcarria, y fundación del Conde-Duque de Olivares, de donde se llevó afamados cuadros de Rubens (5), que, al decir de D. Antonio Ponz, eran «de lo más bello de aquel artífice en lo acabado, expresivo, bien compuesto y colorido» (6).

En Toledo, si bien las producciones del Greco, de Luis Tristan y Juan Bautista Maino estuvieron más al abrigo del ojo escudriñador del francés, no por eso dejaron de sentirse allí pérdidas muy lamentables, pues en 1808 estrenáronse las tropas del mariscal Víctor con poner fuego, por descuido ó de propósito, al suntuoso convento franciscano de San Juan de los Reyes, que fundaron los católicos monarcas D. Fernando y doña Isabel, cuyo edificio se aniquiló, desapareciendo entre las llamas y escombros su importantísimo archivo y librería; y ahora para despedirse, en 1813, los soldados del invasor, que á lo último ocuparon la ciudad, quemaron en gran parte el famoso alcázar, obra de Carlos V, y en cuyo trazo y fábrica tuvieron parte los insignes arquitectos Covarrubias, Vergara y Herrera. Que no parece sino que los franceses querían celebrar sus entradas y salidas en aquel pueblo con luminarias de destrucción.

No podía en el rebusco quedar olvidado el Escorial, y entre los muchos despojos y riquezas que de allí salieron, deben citarse los dos primorosos y selectísimos cuadros de Rafael, *Nuestra Señora del Pez* y la *Perla*. Varios otros los acompañaron, muy escogidos, ya que no de tanta belleza.

En Madrid habíanse formado depósitos para la conservación de las preciosidades artísticas de los conventos suprimidos, en las iglesias del Rosario, Doña María de Aragon, San Francisco y San Felipe, y nombrábase, además, comisiones á la manera de Sevilla para poner por separa-

formado junto con el *Ecce Homo* del mismo autor, procedente del palacio de Coonna en Roma, la viuda de Murat al actual Marqués de Londonderry, por 11.000 guineas. El de *La Oracion del Huerto*, también del Corregio, que pertenecía al palacio real de Madrid, lo tiene al presente el Duque de Wellington. Hay una repetición de este cuadro en la *National Gallery*, como igualmente una *Sacra Familia* del mismo Correggio, que estaba en el citado palacio de Madrid en tiempo de Carlos IV.

(5) Estos cuadros han sido vendidos en los años últimos por ocho mil libras esterlinas (sobre unos 800.000 rs. vn.) á lord Grosvenor, marqués de Westminster, excepto el del *Triunfo de la Religión*, que estaba en el antiguo senado, y se halla colocado ahora en el museo del Louvre.

(6) *Viaje de España*, de D. Antonio Ponz, tomo I, carta 6.^a

do las producciones del arte que fuesen de mano maestra y pareciesen más dignas de ser trasladadas á París y colocadas en su museo. Várias se remitieron, y se apoderaron de otras los particulares, siendo, sin embargo, muy de maravillar se libertasen de esta especie de saqueo las más señaladas obras que salieron del pincel divino de nuestro inmortal D. Diego Velazquez. Arrebataron, sí, los encargados de José, entre otros muchos y primorosos cuadros, las Vénus del Ticiano, que se custodiaban en las piezas reservadas de la real academia de San Fernando, y el incomparable de Rafael, perteneciente al real palacio, conocido bajo el nombre del *Pasmo de Sicilia*, que se aventajaba á todos, y sobresalía por cima de ellos maravillosamente.

Estas últimas pinturas, junto con las de *Nuestra Señora del Pez* y la *Perla* (7), aunque se las apropió José, restituyéronse á España, en 1815, al mismo tiempo que las destinadas al museo de París; mas hallábase ya la madera tan carcomida, y tan arruinadas ellas, que se hubieran del todo descascarado y perdido, en especial la del *Pasmo*, si M. Bonnemaison, artista de aquella capital, no las hubiese trasladado de la tabla al lienzo con destreza y habilidad admirables: invento no muy esparcido entónces, y de que quisieron burlarse los que no le conocian.

(7) Estos cuadros, con muchos de los objetos extraídos del gabinete de Historia Natural de Madrid, devolvieron á nuestro Gobierno en 1814. Pero como llegase repentinamente Napoleon de la isla de Elba, no hubo tiempo para trasportarlos á España, y desaparecieron por el momento. Repuesto Luis XVIII, ganada que fué la batalla de Waterloo, en el trono de Francia, y hallándose en Paris de ministro interino de España el general D. Miguel de Álava, presentóse á éste el Marqués de Almenara con deseo de indicarle, como lo verificó, y movido puramente de amor á su patria, el paradero de dichos cuadros y efectos. Reclamólos, en consecuencia, aquel ministro, y entregárosele, aunque deteriorados los cuadros y en lamentable estado; motivo por el que juzgó el general Álava ser prudente y áun necesario el que se restaurasen y áun trasladasen de la tabla al lienzo, antes de enviarlos á España, saltando ya la pintura por lo carcomido de la madera. Nuestro Gobierno resistiólo algun tiempo; pero cedió á las instancias y justas reflexiones de aquel general, apoyadas en un informe juicioso que le dieron el célebre escultor Canova y los pintores Palmarolli y Benvenuti, que habian á la sazón pasado á Paris para reclamar y recoger las preciosidades artísticas de Roma y Florencia. Encargóse la obra, segun apuntamos en el texto, á Mr. Bonnemaison; concluida la cual, remitiéronse los cuadros á España, en donde se hallan ahora, excepto uno de las *Vénus*, que el rey Fernando VII regaló á su aliado el Emperador de Rusa.

La Regencia del reino, ayudada por el celo ilustrado de la Real Academia de San Fernando, no cesó desde la primera evacuacion de los franceses de Madrid en 1812, de dar providencias que evitasen en lo posible el extravío á ocultacion de los cuadros sacados por los franceses ó por órden del gobierno intruso, de iglesias, conventos ú otros establecimientos públicos. Existen los antecedentes en el archivo de la referida Academia.

Los archivos, las secretarías, los depósitos de artillería e ingenieros y el hidrográfico, el gabinete de Historia Natural y otros establecimientos viéronse privados también de muchas preciosidades, modelos y documentos, entresacados de propósito para llevarlos á Francia. Sería largo y no fácil de relatar todo lo que de acá se extrajo. Estos objetos y los cuadros expresados de Rafael y Ticiano, además de otros muchos, iban en el convoy que escoltaba el general Hugo al salir de Madrid.

En Castilla la Vieja padeció mucho el archivo de Simánkas (8), de donde tomaron los franceses documentos y papeles de gran interés, en

(8) El despojo del archivo de Simánkas empezó en 1811, en cuyo año se presentó allí á recoger papeles para llevarse los á Francia el archivero del Imperio J. Guite. Hé aquí copia literal de los documentos que lo comprueban.

«*Real archivo de Simánkas.*— Con licencia del Sr. D. Manuel de Ayala y Rosales, secretario del archivo real de Simánkas, he sacado yo un libro con cubiertas de pergamino, sobre la primera de las cuales en el verso se halla escrito: *Libro de la dicha tercera arca, número diez y nueve*, y será el dicho libro remitido en dicho archivo cuando volveré en Simánkas. Hecho en Simánkas, 25 de Marzo de 1811.— J. GUITE.»— «*Real archivo de Simánkas.*— Yo, comisario del gobierno francés, infrascrito: declaro haber sacado del real archivo de Simánkas para llevar en Francia en virtud de la orden de S. E. el Ministro de lo Interior, comunicada al Sr. Gobernador del sexto gobierno, los papeles siguientes:— 1.º Los de Estado del Cubillo bajo.— 2.º Los de las negociaciones de Nápoles, Sicilia y Milán, de la pieza segunda.— 3.º Los de patronato real.— 4.º Los del Cubillo alto.— 5.º Siete registros de órdenes y seis legajos de órdenes.— 6.º Tres registros de cédulas de la Emperatriz.— 7.º Cuatro registros de los caballeros de la cuantía.— 8.º Siete legajos de hidalguías.— 9.º Quince legajos de Córtes.— 10. Veintiun libros de Juan de Berzosa.— 11. Las bulas de los obispos y arzobispos de Castilla y Leon.— 12. La planimetría de Madrid.— 13. Los papeles del Estado misivo, con los inventarios correspondientes. De los cuales papeles é inventarios, que van colocados en ciento setenta y dos cajones, el Sr. D. Manuel de Ayala y Rosales, secretario del dicho archivo, es legítimamente descargado. Hecho en Simánkas, á 28 de Mayo de 1811.»

«El infrascrito, comisario del gobierno francés, encargado del reconocimiento y transporte de los papeles existentes en el real archivo de Simánkas, certifico haber extraído del referido real archivo los legajos que contienen las materias siguientes:— 1.º Todos los legajos que existían en la pieza baja de Estado, concernientes á negociaciones de varias partes de Europa.— 2.º Los libros y registros de la cancillería del Consejo que había en Aragón.— 3.º Los papeles de la secretaria de la negociación de Cataluña, excepto los intitulados *Cartas*.— 4.º Treinta y siete legajos de mercedes de los reyes don Juan y D. Enrique.— 5.º Cuatro legajos tocantes á las Córtes de Valencia. Los cuales papeles, con sus correspondientes inventarios, han sido sacados por mí á consecuencia de orden del Excmo. Sr. Ministro del Interior para ser conducidos á Francia. Y para descargo del señor D. Manuel de Ayala, archivero principal del mencionado real archivo de Simánkas, le doy la presente certificación, que en todo caso le deberá servir de resguardo y recibo, firmada de mi mano, y datada en Simánkas, á seis de Junio de mil ochocientos once.— J. GUITE.»

especial los que pertenecian á los antiguos estados de Italia y Flándes; asimismo el testamento de Cárlos II, de que á dicha se conservaba un duplicado en otra parte. Algunos han sido devueltos en 1816: han retenido otros en Francia, reclamados hasta ahora en vano. Hubo en aquel archivo gran confusion y trastorno, no sólo por el destrozo que la soldadesca causó, sino igualmente porque habiéndose despues metido dentro los paisanos de los alrededores, arrancaron los pergaminos que cubrian los legajos, y sobre todo las cintas que los ataban, con lo que, sueltos los papeles, mezcláronse muchos y se revolvieron. Tambien las bellas artes tuvieron sus pérdidas en aquella provincia, y sin detenernos á hablar de otras, indicaremos el desaparecimiento por algunos años de tres pinturas de Rubens, muy famosas y de primer orden, que adornaban el retablo mayor y los dos colaterales del convento de religiosas franciscas de la villa de Fuensaldaña (9).

No irémos más allá en nuestro escudriñamiento sobre tanto saqueo y despojos, que ya parecerá á algunos fuera de lugar; si bien en medio del ruido y furor bélico se espacia el ánimo y descansa hablando de otros asuntos, y sobre todo del ameno y suave de bellas artes, aunque sea pa-

Devolviéronse á Simánkas, en 1816, estos papeles, excepto varios documentos importantes que entresacaron en Francia de los mismos legajos, la correspondencia integra diplomática con la córte de Paris, y asimismo los tratados y convenios hechos con su gobierno, con otros que indicamos en el texto, y fueron extraidos del archivo entónces ó despues.

En la carta á M. Molé, que sirve de prefacio á *l'Histoire de la Reforme, de la Ligue et du Regne de Henry IV, par Mr. Capefigue*, danse pormenores curiosos sobre estos despojos, no ménos que sobre las contestaciones que en el asunto han mediado entre los gobiernos de España y Francia.

Tambien se infiere de la citada obra (tomo II, pág. 80) no haber pasado á Francia, segun presume Llorente en su *Historia crítica de la Inquisicion* (tomo III, cap. XXXI, párrafos 181 y 182), la causa del príncipe D. Cárlos, sino que la caja de nogal en que se sospechaba estar encerrados los papeles comprensivos de la misma, no contenia mis que los autos de la formada á D. Rodrigo Calderon, remitidos á Simánkas por orden de Felipe IV en 22 de Junto de 1623. Noticia que confirma lo mismo que de palabra hemos oido várias veces á personas respetables de Valladolid.

(9) Estos cuadros se extrajeron del convento de Fuensaldaña el 11 de Abril de 1809, y se trasportaron á Madrid, de donde no salieron hasta el año de 1814, que fueron restituidos á dicho convento.

Allí permanecieron encajonados cerca de tres años per carecer la comunidad de medios para ponerlos de nuevo en los altares. Al fin se verificó esto, y se celebró la colocacion el 15 de Agosto de 1817, á expensas del doctoral de Toledo D. Pedro Nolasco Sanchez Moron. (*Noticia dada por la abadesa del convento de Fuensaldaña, sor Josefa de San Felipe Neri, en 21 de Julio de 1836*).

ra lamentar robos y pérdidas de obras maestras y su alejamiento del suelo patrio.

Cierto que mucha de tanta riqueza yacía como sepultada y desconocida, ignorando los extraños la perfección y muchedumbre de los pintores de nuestra escuela. El que se difundiesen ahora sus producciones por el extranjero los sacó de oscuridad y les dió nuevo lustre y mayores timbres á la admiración del mundo; resultando así un bien real y fructuoso de la misma ruina y escandaloso pillaje. Madre España de esclarecidos ingenios, dominadora en Italia y Flándes cuando florecían allí los más célebres artistas de aquellos estados, recogió inmenso tesoro de tales bellezas, guardándole en sus templos y palacios. Mucho le queda aún á pesar de haber soltado los diques á la salida, ya la guerra, ya la desidia de unos y los amaños y codicia de otros. Tiempo es que los repare y cierre el amor bien entendido de las artes y la esperanza de días más venturosos.

Desgraciadísimos los de entónces, no lo fueron ménos para ambas Castillas en la exacción de pesadas contribuciones impuestas por los franceses durante los años que las dominaron. Difícil es formar un cómputo exacto de su total rendimiento; pero por datos y noticias que han llegado hasta nosotros, asegurar podemos que excedieron, habida la proporción conveniente, á lo que importaron las de la Andalucía, por la permanencia más larga en ellas del enemigo, y el continuado y afanoso pelear.

Luégo que evacuó el 27 de Mayo á Madrid el general Hugo, entraron allí partidas de guerrillas que acechaban la marcha de los franceses, volviendo á poco las autoridades legítimas que antes se habían alejado. Nada á su regreso ocurrió muy de contar.

Hugo, superando obstáculos, traspasó el Guadarrama, y tomando desde la fonda de San Rafael caminos de travesía, se dirigió á Segovia, y en seguida á Cuéllar, en donde pensó tener que defenderse contra las guerrillas, guareciéndose en su castillo, antiguo y bueno, fundado en paraje elevado, con dos galerías alta y baja, construidas por don Beltrán de la Cueva, en que se custodiaba una armería célebre de la casa de los duques de Alburquerque, extraviada ó destruida en parte ínterin que duró la actual guerra. No tuvo el general francés que acudir á este medio peligroso, que le hubiera retardado en su marcha y quizá comprometido, sino que valiéndose de ardidés y mudando á veces los días de ruta que José le había trazado, y aun las horas, aceleró él el paso, consiguiendo cruzar el Duero por Tudela, de noche y tan á tiempo, que mayor demora le hubiera privado de aquel puente, reparado sólo con tablones, y al que á su

llegada iban á prender fuego las últimas tropas de su nacion que se retiraban. Juntóse el convoy enemigo al grueso de su ejército en Valladolid, y salvóse entónces, si bien despues pereció en parte, ganada que fué la batalla de Vitoria. Le mandó Hugo hasta llegar á la ciudad de Búrgos.

La evacuacion de Madrid permitió disponer del tercer ejército, que habia avanzado á la Mancha, y tambien del de reserva, organizado en Andalu ía por el Conde del Abisbal. El primero partió la vuelta de Valencia, uniéndose el 6 de Junio en Alcoy y Concentaina al segundo ejército, con el cual, por resolucion de Wellington, debia maniobrar ahora para impedir destacase Suchet fuerzas contra las tropas combinadas que lidiaban en el Ebro, sin perjuicio de que se juntase más adelante con estas mismas, segun lo verificó. El segundo, saliendo de Andalucía, marchó por Extremadura, camino más resguardado, y se enderezó á Castilla la Vieja. Llegó allí cuando los aliados estaban ya muy adentro, y en completa retirada los franceses, penetrando en Búrgos por los días 24 y 25 de Junio. Encargóle lord Wellington estrechar el castillo de Pancorbo hasta tomarle; en donde los enemigos habian dejado de guarnicion, conforme apuntamos, unos 1.000 hombres.

Reconcentradas de este modo las fuerzas de la Península, amigas y enemigas, y agrupadas todas, por decirlo así, en dos principales puntos, que eran, uno, las inmediaciones del Ebro y provincias Vascongadas, y otro, la parte oriental de España, iráse simplificando nuestra narracion, y convirtiéndose cada vez más en guerra regular lucha tan empeñada.

Dejamos á los ejércitos combatientes próximos uno á otro y dispuestos á trabar batalla en las cercanías de Vitoria, ciudad de once á doce mil habitantes, situada en terreno elevado y en medio de una llanura de dos leguas, terminada de un lado por ramales del Pirineo, y del otro por una sierra de montes que divide la provincia de Alava de la de Vizcaya. Tenian los aliados reunidos, sin contar la division de D. Pablo Morillo y las tropas españolas que gobernaba el general Giron, 60.440 hombres, 35.090 ingleses, 25.350 portugueses, y de ellos 9.290 de caballería. La sexta division inglesa en número de 6.300 hombres, se habia quedado en Medina de Pomar.

Mandaba á los franceses José en persona, siendo su mayor general el mariscal Jourdan. Su izquierda, compuesta del ejército del Mediodía bajo las órdenes del general Gazan, se apoyaba en las alturas que fenecen en la Puebla de Arganzon, dilatándose por el Zadorra hasta el puente de Villodas. A la siniestra márgen del mismo rio, siguiendo unas colinas, alojábase su centro, formado del ejército que llevaba el mismo título y

dirigia Drouet, conde d'Erlon; estribando principalmente en un cerro muy astillado, de figura circular, que domina el valle á que Zadorra da nombre. Extendíase su derecha al pueblo de Abechuco más allá de Vitoria, y constaba del ejército de Portugal, gobernado por el Conde de Reille. Todos tres cuerpos tenias sus reservas. Abrazaba la posición cerca de tres leguas, y cubria los caminos reales de Bilbao, Bayona, Logroño y Madrid. Su fuerza era algo inferior á la de los aliados, ausente en la costa Foy y los italianos, ocupado Clausel en perseguir á Mina, y Maucune en escoltar un convoy que se enderezaba á Francia.

Proponíase José guardar la defensiva, hasta que todas ó la mayor parte de las tropas suyas que estaban allí separadas se le agregasen, para lo que contaba con su ventajosa estancia y con el pausado proceder de Wellington, que equivocadamente graduaban algunos de prudencia excesiva. Sustentábale en su pensamiento el mariscal Jourdan, hombre irresoluto y espacioso hasta en su daño, y más ahora que recordaba pérdidas que padeció en Angsberg y Wurtzburgo por haber entónces destacado fuerzas del cuerpo principal de batalla.

Tambien Wellington titubeaba sobre si emprenderia ó no una acción campal, y proseguía en su incertidumbre, cuando hallándose en las alturas de Nanclares de la Oca, recibió aviso del alcalde de San Vicente de cómo Clausel habia llegado allí el 20, y pensaba descansar todo aquel día. Al instante determinó acometer el general inglés, calculando los perjuicios que resultarían de dar espera á que los enemigos tuviesen tiempo de ser reforzados.

Rompió el ataque desde el rio Bayas, moviéndose primero al despuntar de la aurora del día 21 de Junio la derecha aliada, que regía el general Hill. Consistía su fuerza en la segunda división británica, en la portuguesa del cargo del Conde de Amarante, y en la española que capitaneaba D. Pablo Morillo, á quien tocó empezar el combate contra la izquierda enemiga, atacando las alturas: ejecutólo D. Pablo con gallardía, quedando herido, pero sin abandonar el campo. Reforzados los contrarios por aquella parte, sostuvo Hill tambien á los españoles, los cuales consiguieron al fin, ayudados de los ingleses, arrojar al frances de las cimas. Entónces Hill cruzó el Zadorra en la Puebla, y embocándose por el desfiladero que forman las alturas y el río, embistió y ganó á Subijana de Álava, que cubria la izquierda de las líneas del enemigo, quien conociendo la importancia de esta posición trató en vano de recobrarla, estrellándose sus ímpetus y repetidas tentativas en la firmeza inmutable de las filas aliadas.

Movióse tambien el centro británico, compuesto de las divisiones tercera, cuarta, séptima y ligera. Dos de ellas atravesaron el Zadorra tan luégo como Hill se enseñoreaba de Subijana, la cuarta por el puente de Nanclares, la ligera por Tres Puentes, llegando casi al mismo tiempo a Mendoza la tercera y séptima, que guiaba lord Dalhousie, cruzando ambas el Zadorra por más arriba; siendo de notar que no hubiesen los franceses roto ninguno de los puentes que franquean por allí el paso de aquel rio: tal era su zozobra y apresuramiento.

Puesto el centro británico en la siniestra orilla del Zadorra, debia proseguir en sus acometimientos contra el enemigo y su principal arrimo, que era el cerro artillado. Providenciólo así Wellington, como igualmente que el general Hill no cesase de acosar la izquierda francesa, estrechándola contra su centro, y descantillando á éste, si ser podía. Mantuviéronse firmes los contrarios, y forzados se vieron los ingleses á acercar dos brigadas de artillería que batiesen el cerro fortalecido. Al fin cedieron aquéllos, si bien despues de largo lidiar, y su centro é izquierda replegaronse via de la ciudad, dejando en poder de la tercera division inglesa 18 cañones. Prosiguieron los aliados avanzando á Vitoria, formada su gente por escalones en dos y tres líneas; y los franceses, no desconcertados aún del todo, recejaban tambien en buen orden, sacando ventaja de cualquier descuido, segun aconteció con la brigada del general Colville, que más adelante desvióse, y le costó su negligencia la pérdida de 550 hombres.

Miéntas que esto ocurría en la derecha y centro de los aliados, no permanecia ociosa su izquierda, junta toda ó en inmediato contacto; porque la gente de D. Pedro Agustin Giron, que era la apostada más léjos, saliendo de Valmaseda llegó el 20 á Orduña yendo por Amurrio, y al dia siguiente continuó la marcha, avistándose su jefe, el dia 21, con el general Graham en Murguía. Allí conferenciaron ambos breves momentos, aguijado el inglés por las órdenes de Wellington para tomar parte en la batalla ya empezada; quedando la incumbencia á don Pedro de sustentar las maniobras del aliado, y entrar en lid siempre que necesario fuese.

No ántes de las diez de la mañana pudo Graham llegar al sitio que le estaba destinado. En él tenian los enemigos alguna infantería y caballería avanzada sobre el camino de Bilbao, descansando toda su derecha en montes de no fácil acceso, y ocupando con fuerza los pueblos de Gamarra Mayor y Abechuco, considerados como de mucha entidad para defender los puentes del Zadorra en aquellos parajes. Atacaron las alturas por frente y flanco la brigada portuguesa del general Pack y la division española de D. Francisco Longa, sostenidas por la brigada de dragones

ligeros á las órdenes de Anson, y la quinta division inglesa de infantería, mandada toda esta fuerza por el mayor general Oswald. Portáronse valientemente españoles y portugueses. Longa se apoderó del pueblo de Gamarra Menor, enseñoreándose del de Gamarra Mayor, con presa de tres cañones, la brigada de Robinson, que pertenecía á la quinta division. Procedió Graham en aquel momento contra Abechuco, asistido de la primera division británica, y logró ganarle cogiendo en el puente mismo tres cañones y un obus. Temiendo el enemigo que dueños los nuestros de aquel pueblo quedase cortada su comunicacion con Bayona, destacó por su derecha un cuerpo numeroso para recuperarle. En balde empleó sus esfuerzos: dos veces se vió rechazado, habiendo Graham previsoramente y con prontitud atronerado las casas vecinas al puente, plantado cañones por los costados, y puesto como en celada algunos batallones, que hicieron fuego vivo detras de unas paredes y vallados. Logró con eso el inglés repeler un nuevo y tercer ataque.

Pero no le pareció aún cuerdo empeñar refriega con dos divisiones de infantería que mantenian de reserva los franceses en la izquierda del Zadorra, aguardando para verificarlo á que el centro é izquierda de los enemigos fuesen arrojados contra Vitoria por el centro y derecha de los aliados. Sucedió esto sobre las seis de la tarde, hora en que abandonando el sitio las dos divisiones citadas, temerosas de ser embestidas por la espalda, pasó Graham el Zadorra, y asentóse de firme en el camino que de Vitoria conduce á Bayona, compeliendo á toda la derecha enemiga á que fuese via de Pamplona.

No hubo ya entónces entre los franceses sino desórden y confusion: imposible les fué sostenerse en ningun sitio, arrojados contra la ciudad ó puestos en fuga desatentadamente. Abandonáronlo todo, artillería, bagajes, almacenes, no conservando más que un cañon y un obus. Perdieron los enemigos 151 cañones y 8.000 hombres entre muertos y heridos; 5.000 no completos los aliados, de los que 3.300 eran ingleses, 1.000 portugueses y 600 españoles. No más de 1.000 fueron los prisioneros, por la precipitacion con que los enemigos se pusieron en cobro al ser vencidos, y por ampararlos lo áspero y doblado de aquella tierra. José, estrechado de cerca, tuvo al retirarse que montar á caballo y abandonar su coche, en el que se cogieron correspondencias, una espada que la ciudad de Nápoles le habia regalado, y otras cosas de lujo y curiosas, con alguna que la decencia y buenas costumbres no permiten nombrar.

Igual suerte cupo á todo el convoy que estaba á la izquierda del camino de Francia, saliendo de Vitoria. Era de grande importancia, y se

compañía de carruajes y de varios y preciosos enseres pertenecientes á generales y á personas del séquito del intruso; tambien de artillería allí depositada, y de cajas militares llenas de dinero, que se repartieron los vencedores, y de cuya riqueza alcanzó parte á los vecinos de la ciudad y de los inmediatos barrios. Establecióse en el campo un mercado á manera de feria, en donde se trocaba todo lo aprehendido, y hasta la moneda misma, llegando á ofrecerse ocho duros por una guinea, como de más fácil trasporte. Perdido quedó igualmente el baston de mando del mariscal Jourdan, que viniendo á poder de lord Wellington, hizo éste con él rendido y triunfal obsequio al príncipe regente de Inglaterra, quien remuneró al ilustre caudillo con el de feld-mariscal de la Gran Bretaña, merced otorgada á pocos.

¡Qué de pedrería y alhajas, qué de vestidos y ropas, qué de caprichos al uso del dia, qué de bebidas tambien y manjares, qué de municiones y armas, qué de objetos, en fin, de vário linaje no quedaron desamparados al arbitrio del vencedor, esparcidos muchos por el suelo, y alterados despues ó destruidos! Atónitos igualmente andaban y como espantados los españoles del bando de José que seguian al ejército enemigo, y sus mujeres y sus niños, y las familias de los invasores, poniendo unos y otros en el cielo sus quejidos y sus lamentos. Quién lloraba la hacienda perdida, quién al hijo extraviado, quién á la mujer ó al marido amenazados por la soldadesca en el honor ó en la vida. Todo se mezcló allí y confundió. Aquel sitio representábase caos de tribulacion y lágrimas, no liza sólo de varonil y carnicero combate.

Quiso lord Wellington endulzar en algo la suerte de tanto infeliz enviando á muchos, en especial á las mujeres de los oficiales, á Pamplona con bandera de tregua. Y esmeróse en dar á la Condesa de Gazan particular muestra de tan caballeresco y cortesano porte, poniéndola en libertad despues de prisionera, y permitiéndola, ademas, ir á juntarse con su esposo, conducida en su propio coche, que tambien habia sido cogido con la demas presa.

Asemejóse el campo de Vitoria en sus despojos á lo que (10) Plutarco nos ha trasmitido del de la batalla de Iso, teniendo sólo los nuestros me-

(10) Δαρείων μὲν οὐχ εἶλεγε..... τὸ δὲ ἄρμα καὶ τὸ τοξὸν αὐτοῦ οἱ λαζῶν ἐπανήλθεν καὶ χατέλαζεν τοὺς. Μαχεδόνας τὸν μὲν ἄλλον, χλοῦτον ἐχ τοο Ἰβάρζαριχοῦ στρατοπέδον, φέρονταδ καὶ ἄγοντας ὑπερζάλλοντα τλήζει, χαίπερ εὐξῶνων πρὺν τήν μάχην ὠαραγενμένων, χα ἰ τὰ πλεῖσα τῆς αποσχευης ἐν Δαμασχῶ χαταλιπόντων....

nor dicha en no haber sido completa la toma del botin, como entónces lo fué con la entrega de Damasco, pues ahora salvóse una parte en un gran convoy que salió de Vitoria, escoltado por el general Maucune, á las cuatro de la mañana del mismo dia 21. En él iban los célebres cuadros del Ticiano y de Rafael expresados antes, muestras y ejemplares del gabinete de Historia Natural, y otros efectos muy escogidos. Impidieron el alcance y el entero apresamiento del convoy refuerzos que éste recibió, y azares de que luégo darémos cuenta.

Han comparado algunos esta jornada de Vitoria á la que no léjos del propio campo vió España en el siglo XVI, en cuya contienda tambien se trataba de la posesion de un trono, apareciendo por un lado ingleses y el rey D. Pedro, y por el otro franceses y D. Enrique el Bastardo. Pero si bien allí, segun (11) nos cuenta la crónica, empezaron las escaramuzas cerca de Ariñez, y por lo mismo en paraje inmediato al sitio de la presente batalla, en un recuesto que desde entónces lleva en el país el nombre do *Inglesmendi*, que quiere decir en vascuence *Cerro de los ingleses*, no se empeñó formalmente aquélla sino en Navarrete y márgenes del Najerilla, no siendo tampoco exacto ni justo formar parangon entre causas tan desemejantes y entre príncipes tan opuestos y encontrados por carácter y origen. Golpe terrible fué para los franceses la pérdida de batalla tan desastrada, viéndose desnudos y desposeidos de todo, hasta de municiones, y acabando por destruirse la disciplina y virtud militar de sus soldados, ya tan estragada. Sus apuros, en con secuencia, crecieron en sumo grado, porque abandonadas tantas estancias en lo interior de España, no defendidas las del Ebro, y repelidos y deshechos sus batallones en el país quebrado de las provincias Vascongadas, nada les quedaba, ni tenian otro recurso sino evacuar á España, y sustentar la lid dentro de su mismo territorio. Notable mudanza ó trastrocamiento, que convertia en invadido al que se mostraba poco antes invasor altanero.

Por tan señalada victoria vióse honrado lord Wellington con nuevas mercedes y recompensas, ademas de la del cargo de feld-mariscal de

(Y más adelante.)

Μετα δὲ τὴν μάχην τὴν ἐν Ἰσῶ πέμψας, εἰς Δαμασχὸν ἐλάζειν τὴν μάχην τὴν ἐν Ἰσῶ πέμψας, εἰς Δαμασχὸν γυναίχας τῶν Γερσῶν·χαί πλεῖζα μὲν ὠφελήσασαν υἱ τῶν Θεσσαλωυ ἰππεῖς..... ἐνεπλήσζη δὲ χαί τό λυιπὸν ευπορίας ζρατόπεδον. (Αγεξάνδρου.)

(11) *Crónica del rey Don Pedro*, por D. Pedro Lopez de Ayala, año XVIII, desde el cap. IV hasta el xlv inclusive; y el *Diccionario geográfico histórico de España*, por la Real Academia de la Historia, sec. 1.^a, tomo I, art. *Ariñez*.

que ya hemos hecho mencion. El Parlamento británico votó accion de gracias á su ejército, y tambien al nuestro; lo mismo las Córtes del reino, las que, á propuesta de D. Agustin de Argüelles, concedieron á lord Wellington por decreto de 22 de Julio, para sí, sus herederos y sucesores, el sitio y posesion real conocido en la vega de Granada bajo el nombre del *Soto de Roma*, con inclusion del terreno llamado de las *Chanchinas*, dádiva generosa, de rendimientos pingües.

Vióse tambien justamente galardonada, si bien de otra manera, el general D. Miguel de Alava, recibiendo del Ayuntamiento de Vitoria, á nombre del vecindario, una espada de oro, en que iban esculpidas las armas de su casa y las de aquella ciudad, de donde era natural. Testimonio de amor y reconocimiento muy grato al General, por haber conseguido la eficacia y celo de éste preservar á sus compatriotas de todo daño y tropelías despues de la batalla dada casi á sus puertas.

Encomendase al centro y derecha del ejército aliado la persecucion del grueso del enemigo, que se retiraba en desórden camino de Pamplona, quemando, asolando y cometiendo mil estragos en los pueblos del tránsito. Una intensa lluvia, que duró dos dias, estorbó á lord Wellington acosar más de cerca á sus contrarios, los cuales iban tan de priesa y despavoridos, que al llegar á Pamplona quisieron saltar por cima de las murallas, estando cerradas las puertas, y deteniéndolos sólo el fuego que les hicieron de dentro. Celebraron allí los jefes enemigos un consejo de guerra en que trataron de volar las fortificaciones y abandonar la plaza. Opúsose José, pensando seria útil su conservacion para proteger la retirada y no causar en los suyos mayor desánimo; mandando, de consiguiente, abastecerla de cuanto á la fuerza ó de grado pudiera recogerse en aquellos contornos; último acto de soberanía que ejerció, instable siempre la suya, transitoria y casi en el nombre. Llegaron los aliados á la vista de Pamplona en sazón en que no estaba aún lejana la retaguardia francesa, que caminaba, como lo demas del grueso de su ejército, en busca de la tierra nativa.

En tanto que así obraba el centro y derecha de los aliados, otra incumbencia cupo á toda la izquierda. La parte de ésta que se componia de las tropas españolas bajo D. Pedro Agustin Giron, y la division que se le agregó de D. Francisco Longa, tuvieron órden de dirigirse por la calzada que va de Vitoria á Irun tras del convoy que habia salido de aquella ciudad en la madrugada del 21; y así lo verificaron el 22, aunque tarde, aguardando subsistencias, y forzados tambien á contramarchar durante corto rato, por la voz esparcida de que Clausel se hallaba próximo con

rumbo á Vitoria: incidentes que retrasaron algo en aquel dia el movimiento del general Giron, si bien la presencia de la fuerza de Longa, que iba delantera, aceleró la partida de los enemigos de Mondragon, á quienes se cogieron 90 prisioneros, quedando herido levemente el general Foy, y 300 hombres fuera de combate.

Y noticioso Wellington de que los españoles de Giron podrian tener que habérselas, no sólo con la division francesa de Maucune que escoltaba el convoy ántes expresado, sino ademas con Foy y los italianos, determinó que Graham, con toda la izquierda británica, fuese en apoyo de los nuestros, tomando la ruta traviesa del puerto de San Adrian, que enlaza el camino real de Irun con el de Pamplona, y que se enderezase á Villafranca, poniéndose, si dable fuera, á la espalda del general Foy. Dilacion en el recibo de las órdenes, el mal tiempo y lo perdido de aquel camino, de suyo ágrío y muy escabroso, no consintieron que sir Thomas Graham se menease tan pronto como era de desear.

Bien le vino á Foy la tardanza para proceder más desahogadamente. Este general, de condicion activa y emprendedora, no habia descansado desde el momento en que tomó á Castro-Urdiales, afanado de continuo en perseguir á los batallones vascongados, en cuyas peleas distinguióse por nuestra parte el coronel D. Antonio Cano. Nada importante habia Foy alcanzado cuando José le ordenó acudir á Vitoria en socorro suyo. Apresuróse Foy á cumplir con lo que se le prevenia, y se colocó entre Plasencia y Mondragon, llamando á sí, para engrosar su gente, las guarniciones de varios puntos fortalecidos. Entre ellas contábase como de las principales la de Bilbao, en donde estaban los italianos y el general Rouget, quienes el 20 evacuaron la villa, y tan de priesa, que si bien clavaron la artillería, dejaron intactas las fortificaciones, agujados por las órdenes de Foy, y tambien por D. Gabriel de Mendizábal, que dejando alguna fuerza en el bloqueo de Santoña, unióse sobre aquella comarca con casi toda la séptima division, que componian los batallones vascongados.

Uniéronse los italianos y franceses en Vergara, á cuyo movimiento, feliz para ellos, favoreció mucho la resistencia que, aunque costosa, hizo al efecto en Mondragon el general Foy. Éste capitaneó en seguida la retirada de aquellas tropas, que juntas ascendian á 12.000 hombres, con gran valor y presencia de ánimo, desvelándose por su conservacion, expuesta bastantemente, porque amenazábalos por el frente D. Pedro Agustín Giron, y por la espalda el general Graham. Afortunadamente para Foy, libróle de infausto suceso su presteza, y la tardanza en la mar-

cha del inglés, nacida de lo que hemos apuntado. Por manera que al llegar Graham á Villafranca, encontróse el día 24 de Junio solo ya con la retaguardia enemiga, desalojada tambien en breve de los puestos que ocupaba á la derecha del Oria, fronteros al pueblo de Olaverría. Situáronse en seguida cerca de Tolosa de Guipúzcoa todas las fuerzas que gobernaba Foy, cubriendo el camino de Francia y el que de allí se dirige á Pamplona, con ademan de hacer rostro á los aliados. Aquella noche se unió al general Graham la division de Longa y tres cuerpos de la gente de don Pedro Agustin Giron, quien maniobró acertadamente al avanzar á Vergara, destacando por su derecha, camino de Oñate, al citado Longa con intento de que apretase al enemigo por su flanco izquierdo del lado de la cuesta de Descarga. Evolucion que aceleró la marcha de los enemigos y los molestó.

Tratóse ahora de ahuyentar de Tolosa al frances, y de enseñorear la posicion que ocupaba. Entre seis y siete de la tarde del día 25 empezó el ataque general. Apoyábase la izquierda del enemigo en un reducto casi inexpugnable, contra cuyo punto marchó Longa por Alzo sobre Lizarza; descansaba su derecha en una montaña que cortaba por el frente un profundo y enriscado barranco, y se encargó á D. Gabriel de Mendizábal, que se habia adelantado de Azpeitia, el maniobrar por este lado del mismo modo que Longa por el opuesto. Enseñoreaban ademas los franceses la cima de una montaña interpuesta entre las carreteras de Vitoria y Pamplona, de donde los arrojó con gran valor y maestría el teniente coronel británico de nombre Williams. Perdieron tambien los enemigos las demas posiciones, atacadas vigorosamente por todas las tropas combinadas, distinguiéndose las españolas en varios parajes. Foy, presente en muchos, hizo en todos gloriosa y atinada resistencia. Al fin abrigóse á la villa, la cual hallábase fortificada, y era arduo tomarla, y más de rebate. Las puertas de Castilla y Navarra barreadas, y aspillerados los muros, diversos conventos y edificios fortalecidos, dándose entre sí la mano, y ademas, en la plaza ó centro un fortin portátil de madera, á traza de los fijos, y por lo comun de piedra ó material, que ahora llaman *bloc-khaus*; formando el todo un conjunto de defensas, que podía ofrecer resistencia vigorosa y larga. Sin embargo acometida de firme la Vila, abandonáronla los franceses y la entraron los aliados, ya muy de noche, con aplauso y universales vítores de los vecinos.

Se replegó á Andoain el general Foy y cortó el puente; deteniéndose Graham dos dias en Tolosa, por querer cerciorarse ántes del avance de Wellington por su derecha, camino de Pamplona. Don Pedro Agustin

Giron paróse ménos, y prosiguió adelante, yendo tras Foy, que cejó metiéndose en Francia sin gran detencion, sabedor de la retirada de José, y puesto ya en cobro el convoy que Maucenne escoltaba, y por cuya salvacion suspiraban los contrarios tanto.

Llegado que hubo á Irun el general Giron, pensó en atacar la retaguardia enemiga, que todavía conservaba algunos puestos en la frontera española, encargando la ejecucion al brigadier D. Federico Castañon, quien desalojó bizarramente á los enemigos que estaban colocados delante del puente del Bidasoa, siendo destinados para la acometida el regimiento de la Constitucion, que guiaba su coronel D. Juan Loarte, y la compañía de cazadores del segundo regimiento de Asturias. Permanecieron los franceses, no obstante, inmóviles en las cabezas fortificadas del puente, y para arrojarlos de ellas dispuso Giron traer una compañía de artillería de á caballo, manejada por D. Pablo Puente, y pidió á los ingleses otra de la misma arma, que se presentó luégo al mando del capitán Dubourdieu, juntas las cuales dióse comienzo á batir vigorosamente las obras de los contrarios, quienes sufriendo mucho, volaron las de la izquierda del rio y quemaron el puente. Sucedió esto en 1.º de Julio á las seis de la tarde; día y hora memorable, en la que adquirió don Pedro Agustín Giron, primogénito entónces del Marqués de las Amarillas y hoy duque de Ahumada, la apetecida gloria de haber sido el primero que por este lado arrojó fuera del suelo patrio las tropas de los enemigos.

Al propio tiempo apoderóse D. Francisco Longa de los fuertes de Pasajes, puerto importante, rindiéndosele 147 hombres de que constaba la guarnicion, incluso el gobernador. Y como iba de dicha, tambien se hizo dueño de los de Pancorbo el Conde del Abisbal, situados en Garganta Angosta, que circuyen empinadísimos montes, por donde corro estrechado el camino que va de Vitoria á Búrgos. Eran dos, el llamado de Santa María, en paraje inferior, y el de Santa Engracia, que se miraba como el más principal. Ganóse aquél por asalto el 28 de Junio, y capituló el otro dos dias despues, privado de agua y amenazado de ruina por los fuegos de una batería, que con gran presteza se construyó, bajo la direccion del comandante de ingenieros don Manuel Zapino, en la loma de la Cimera; habiendo ideado el modo de subir las piezas, y ejecutádolo hábil y rápidamente los oficiales de artillería Ferraz, Saravia y D. Bartolomé Gutierrez. Tambien se distinguió el brigadier D. José Latorre, que se hallaba á la cabeza de la infantería empleada en el sitio. Quedaron prisioneros unos 700 hombres, junto con su comandante apellidado de Ceva. No tardó Abisbal en ponerse en marcha, debiendo encaminar sus

pasos, segun órdenes de lord Wellington, por Logroño y Puente la Reina á Pamplona, á cuyos alrededores llegó en los primeros dias de Julio.

No le podia estorbar ya en su marcha el general Clausel, de cuyas operaciones darémos en breve cuenta, teniendo ántes que terminar la narracion de las maniobras de las tropas aliadas, que dejamos á la vista de Pamplona. De ellas, las que componian la derecha del ejército siguieron, al mando de sir Rowland Hill, el rastro de José y su ejército, el cual se metió en Francia por tres de las cinco principales comunicaciones que tiene la Navarra con aquel reino, á saber: primero, por el puerto de Arraiz en el valle de Ulzama con rumbo á Donamaría y valle de San Estéban de Lerin hasta Lesaca y Vera, partido de las Cinco Villas de la Montaña, internándose luégo en Francia con direccion á Urrugne. Iba por aquí el ejército enemigo llamado del centro, y en su compañía José, afligido y triste. Al tocar las cumbres que parten términos entre ambos reinos, saludaron los soldados franceses con lágrimas de regocijo el suelo de la patria, que muchos no habian visto años hacia, echando sus miradas deleitosamente por las risueñas y frondosas márgenes del Nive y el Adour, verdequeantes, tranquilas y ricas, y á sus ojos aun más bellas en la actualidad, comparándolas con la tierra de España, inquieta y turbada ahora, de naturaleza por este lado desnuda, y de severo y ceñudo aspecto. Segundo, por Velate y valle de Baztan, pasado el puerto de Maya, y de allí á Urdax, hasta salir de los lindes españoles. Y tercero y último, por Roncesvalles, de recuerdo triste para el frances, á dicho de romanceros, atravesando por Valcárlos, y yendo á parar á San Juan de Pié de Puerto. Los ejércitos de Portugal y Mediodía, que fueron los que marcharon por los dos puntos postreros, diéronse la mano entre sí y con el del centro, alargándola luégo á las demas tropas de su nacion que habian cruzado por el Bidasoa. Púsose Hill á caballo en las montañas observando la tierra enemiga, mas sin emprender cosa importante, conforme á instrucciones de lord Wellington, no olvidándose éste tampoco de Clausel, contra quien destacó fuerzas considerables de su centro.

Este general habiase acercado á Vitoria al dia siguiente de la batalla, ignorando lo que ocurra, y en cumplimiento de mandato expreso de José. Observábale siempre D. Francisco Espoz y Mina, á quien se habia agregado D. Julian Sanchez con sus jinetes, y ambos, por orden de lord Wellington, circuíanle y le molestaban, de modo que marchaba como aislado y á ciegas. Estaba ya adelantada á estas horas en Vitoria la sexta division inglesa del cargo del mayor general Packenham, única que no tomára parte en la batalla, habiendo quedado apostada en Medina de

Pomar para asegurar el arribo al ejército de socorros y municiones de boca y guerra. Su presencia, y la certeza de lo sucedido, retrajo á Clausel de proseguir adelante, y retrocediendo, abandonó á Logroño el 24 de Junio, acompañado de la guarnicion, y marchó á lo largo de la izquierda del Ebro, cuyo rio pasó por el puente de Lodosa, llegando á Calahorra el 25. Supo el 26, entrando en Tudela, que venian sobre él respetables fuerzas de los aliados, y llevándose igualmente consigo la gente que custodiaba aquella ciudad, partió la vuelta de Zaragoza. No era de más su precaucion y recelos; pues, en efecto, Wellington, segun apuntamos ántes, habia destacado ya de las cercanías de Pamplona tres divisiones suyas, y mandado, ademas, á Packenham y á otra division que se hallaba en Salvatierra siguiesen detras del enemigo por las orillas del Ebro, juzgando sería aquélla suficiente fuerza para escarmentar á Clausel, si insistia en mantenerse en Navarra. No lo hizo éste así, y por tanto, avanzaron los ingleses más allá de Tudela, dejando al cuidado de Mina picar la retirada de los contrarios y observar sus movimientos.

Entró Clausel en Zaragoza el 1.º de Julio, en cuya ciudad se detuvo poco, situándose sobre el Gállego, de donde igualmente partió muy en breve, inclinándose en un principio al camino de Navarra, de lo que se arrepintió luégo, marchando en seguida á Francia por Jaca y Canfranc. Llegó á Oloron, y desde allí entendiése y obró en adelante de acuerdo con las demas tropas de su nacion que se habían retirado de España por las vertientes septentrionales del Pirineo y riberas del Bidasoa. Mina, persiguiéndole, paróse á cierta distancia de Zaragoza, en dónde no tardáremos en volver á encontrarle.

Desembarazado así lord Wellington de los ejércitos franceses que pudieran incomodarle de cerca en España, sentó sus reales en Hernani como punto más céntrico, y colocó el ejército anglo-hispano-portugues en las provincias de Guipúzcoa y Navarra, aquende los montes, corriendo desde el Bidasoa arriba hasta Roncesvalles, en cuyo más apartado sitio, y al nacimiento del sol, hallábase D. Pablo Morillo, del mismo modo que se extendia al ocaso, y en el extremo opuesto, por Vera, Irun, Fuenterrabía y Oyarzun, el grueso del cuarto ejército español.

Diligentemente resolvió entónces Wellington emprender los sitios de San Sebastian y Pamplona. Encargó el de la primera plaza á sir Thomas Graham con la quinta division británica del mando del general Oswald y algunas fuerzas más; y el de la segunda, que se redujo á bloqueo, al Conde del Abisbal, asistido del ejército de reserva de Andalucía, al que se agregó poco despues la division de D. Carlos de España, que dejamos

repartida en Zamora, Ciudad-Rodrigo y otros puntos. Empezóse el cerco de San Sebastian en los primeros dias de Julio, y no tardó mucho en estrecharse el de Pamplona.

De este modo, y en ménos de dos meses despejóse de enemigos el reino de Leon, ambas Castillas, las provincias Vascongadas y Navarra, viéndose tambien reconquistados ó libres todos los pueblos allí fortalecidos, excepto Santoña y las dos plazas recién nombradas. Campaña rápida y muy dichosa, que ayudó á mejorar igualmente la suerte de nuestras armas, no tan feliz en las provincias de Cataluña, Aragon y Valencia.

En ellas quedaron hasta cierto punto descubiertos los enemigos con tales sucesos, columbrando pronto el mariscal Suchet lo crítico de su estado. Antes, y en los meses de Mayo y Junio, llevadero se le hizo todo con su diligencia y maña, inutilizando por aquella parte los esfuerzos de los aliados, ó equilibrándolos; mayormente cuando fortalecida la línea del Júcar despues de la accion de Castalla, habia acercado á Valencia la division de Severoli que estaba en Aragon, é interpuesto la brigada de Pannetier entre aquella ciudad y Tortosa; con lo que amparaba su flanco derecho y espalda, y podia no ménos caer sobre cualquiera paraje que se viese amenazado repentinamente.

Obstáculos éstos que impedian á los españoles y anglo-sicilianos obrar cual quisieran y con arreglo al bien entendido plan de campaña de Wellington, quien habia ordenado se distrajese por allí á los franceses para obligarlos á mantener siempre unidas sus fuerzas de Levante, sin consentir destacasen ninguna del lado de Navarra. En cumplimiento de semejante mandato, y pasando por cima de dificultades, determinaron los jefes aliados amagar y aún acometer al enemigo por varios y distintos puntos, enviando una expedicion marítima á las costas de Cataluña, al mismo tiempo que los ejércitos españoles segundo y tercero atacasen por frente y flanco la línea del Júcar, de manera que se pusiese á Suchet en el estrecho, ó de abandonar á la suerte el Ebro y las plazas cercanas, ó de enflaquecer, queriendo ir en socorro suyo, las fuerzas que defendian y afianzaban la dominacion francesa en el reino de Valencia.

Por más que se intentó preparar la expedicion á las calladas, traslució Suchet lo que habia, y de consiguiente, písole muy sobre aviso. Lista aquélla, embarcáronse las tropas en número de 14.000 infantes y 700 caballos, todos de los anglo-sicilianos y de la division española de Whittingham, á las órdenes unos y otros de sir Juan Murray. Dieron la vela desde Alicante el 31 de Mayo, dirigiendo el convoy y escuadra el contraalmirante británico Hallowell. Hicieron rumbo los buques á las aguas de

Tarragona, y surgieron en la tarde del 2 de Junio frente á Salou, puerto poco distante de aquella ciudad.

Efectuóse el 3 muy ordenadamente el desembarco, y ante todo destacó Murray una brigada á las órdenes del teniente coronel Prevost para apoderarse del castillo del Coll de Balaguer, que sojuzgaba el camino que va á Tarragona, único transitable para la artillería. Cooperó al ataque con cuatro batallones D. Francisco de Copons y Navia, general en jefe del primer ejército, quien advertido de antemano de la expedicion proyectada, se arrimó á la costa, ocupando ya á Reus cuando aquélla anclaba. Fué embestido vivamente el castillo el 5, y tomado el 7; amedrentada la guarnicion francesa, de solos 80 hombres, con la explosion de un almacen de pólvora y las pérdidas que se siguieron.

Miéntas tanto aproximóse á Tarragona el general Murray, y determinó acometer la plaza por poniente, lado más flaco y preferible para la embestida, que favoreció Copons colocándose en el camino de Altafulla, con objeto de interceptar los socorros que pudieran enviarse de Barcelona.

Continuaba mandando en Tarragona por parte de los franceses el general Bertoletti, quien léjos de acobardarse por lo que le amagaba, tomó bríos y convenientes disposiciones, rehabilitando várias obras anteriores arruinadas, y áun demolidas en parte despues del primer sitio. Al contrario Murray, que si bien se mostró valeroso, á manera de los de su nacion, careció de tino y de suficiente serenidad de ánimo. Necesitábase en el caso usar de presteza y enseñorearse de la plaza casi de rebate; pero diéronse largas, y sin union y flojamente se comenzó y siguió el ataque, teniendo espacio los contrarios para aumentar sus defensas y aguardar á los socorredores que se acercaban.

No anduvo al efecto perezoso el mariscal Suchet, pues, dejando en el Júcar al general Harispe, marchó con fuerzas considerables la vuelta de Tarragona, presentándose ya su vanguardia el 10 de Junio en el Perelló. Tambien llegaron el 11 á Villafranca, procedentes de Barcelona, 8.000 hombres que traia el general Maurice Mathieu, anunciando ademas que venía tras él Decaen con el grueso del ejército de Cataluña.

Recibió avisos Murray de estos movimientos, y aunque próximo á asaltar el mismo día 11 una de las obras exteriores más importantes, azoróse de modo que, sin dar oidos á consejo alguno, determinó reembarcarse y abandonar la artillería de sitio y otros aprestos, ántes de empeñarse en accion campal, que creia arriesgada. Y como se requiriesen tres dias para poner á bordo la expedicion entera, empezó Murray á veri-

ficarlo desde el día 12. Notaron los franceses de la plaza, asomados á los muros, lo que ocurría en el campo de los aliados, y apénas daban crédito á lo que con sus propios ojos veían, temiendo fuese ardid y encubierta celada, por lo que permanecieron quietos dentro y muy recogidos.

Sir Juan se embarcó el mismo día 12 por la tarde, dirigiendo parte de la caballería y artillería, con alguna fuerza más, al Coll de Balaguer, para destruir el castillo y sacar á los que le guarnecían. A la sazón avanzaba Suchet por aquel lado, y tropezando con los ingleses y descubriendo no léjos la escuadra, ignorante de lo que pasaba, admiróse; y no encontrando explicación ni salida á cuanto notaba, suspendió el juicio, y en la duda echóse atrás, via del Perelló.

Otros movimientos de los franceses, y recelos de Murray de que no pudiera acabar de embarcarse á tiempo toda su caballería, le obligaron á echar nuevamente á tierra la infantería, y colocarse en puesto favorable y propio para rechazar cualquiera acometida de los enemigos. Mas éstos no lo intentaron, y habiendo metido socorros en Tarragona, retrocedieron unos á Tortosa y otros á Barcelona.

Entónces juntó Murray un consejo de guerra, en el que se acordó proseguir el reembarco y volver á Alicante, atendiendo al estado en que ya se encontraban. En momento tan crítico arribó allí lord Guillermo Bentinck, que venía de Sicilia para suceder á sir Juan Murray en el mando, del que se encargó inmediatamente, conformándose luégo con la resolución que acababa de tomar el consejo de guerra. Prosiguió de resultas el embarco, y se halló á bordo la expedición entera á las doce de la noche del día 19, hora en que los aliados volaron también el castillo del Coll de Balaguer.

Quedaron en poder de los franceses 18 cañones de grueso calibre, y tuvo Copons que alejarse por no exponer su gente, quedando sola, á pérdidas y descalabros. Expedición fué ésta que, ejecutada con poca meditación, terminó vergonzosa y atropelladamente. Formóse en Inglaterra un consejo de guerra á sir Juan Murray, á quien se le declaró exento de culpa, si bien tachóse su proceder de erróneo y poco juicioso. Fallo que ponía á salvo la intención del General, pero que le vulneraba en su capacidad y pericia.

Otro amago hicieron por entónces los ingleses con buques de guerra del lado de Palamós. Favorecióle por tierra el Barón de Eroles, dando ocasión á un empeñado reencuentro, el 23 de Junio, con el general Lamarque en Bañolas, cuyo fuerte sitiaban los nuestros. Portóse con bizarría Eroles y lo mismo su tropa, en especial los jinetes, que lidiaron

largo rato al arma blanca, separando á unos y á otros la noche y un recio aguacero.

En Julio el mismo general Lamarque aproximóse á Vich, deteniéndole en el Esguirol tres batallones españoles. Reforzó Eroles á éstos, y tambien Copons, ya por aquí; y ambos escarmentaron en los dias 8 y 9 en las alturas de la Salud al enemigo, quien engrosado tomó en balde la ofensiva, teniendo que retirarse y tornar al Ampurdan con poca gloria y menoscabo de gente. Fatigosas é inacabables peleas, que impacientaban al franceses, y le aburrían y descorazonaban.

En el intervalo de la expedicion aliada á Cataluña, vinieron tambien á las manos en el reino de Valencia los españoles y el general Harispe; atacando aquéllos el 11 de Junio la retaguardia del último, mandada por el general Mesclop, la cual se recogía de San Felipe á la línea del Júcar. Obraban unidos los ejércitos españoles segundo y tercero, y acosaron bastante á los franceses, hasta que advirtiéndolos descuidado en los nuestros, revolvieron sobre ellos y los desordenaron en el pueblo de Roglá, con lo cual pudieron continuar tranquilamente su marcha al rio.

Renovaron los españoles el 13 sus ataques, avanzando y situándose en unas alturas á la derecha del Júcar. Desde ellas cañoneó Elío á los enemigos, y aún intentó apoderarse de una casa fuerte, lo que no consiguió; pero si sustentar honradamente los puestos ocupados, de donde Harispe no pudo desalojarle. Méenos dichoso el Duque del Parque, padeció en Carcagente un recio descalabro, que costó 700 hombres, de los cuales quedaron prisioneros los más. Andaban, sin embargo, cuidadosos los franceses, y temian aún por Valencia, cuando los sacó de reuelos el mariscal Suchet, que, desembarazado de lo de Cataluña, tornó al Guadalaviar el 24 de Junio, despues de una marcha asombrosa por su rapidez.

Malos tiempos retardaron la navegacion de la escuadra inglesa y dificultaron su regreso á Alicante, con la desgracia de haber encallado en los Alfaques y desembocadura del Ebro 18 buques ó trasportes, de que trece se salvaron, cogiendo los otros los franceses junto con las tripulaciones. Más averías ocurrieron aún, pero al fin llegó Bentinck á Alicante, y situó á poco sus tropas en Jijona para sostener á los españoles, que habian retrocedido hasta Castalla compelidos á ello por las tropas francesas.

Quería Suchet aprovechar la coyuntura propicia que le ofrecía el malogro de la expedicion sobre Tarragona, y ya empezaba á verificarlo, no sólo adelantándose por el lado del Júcar, segun acabamos de ver, sino tambien aventando de hácia Requena y Liria gente de Elío allí avanza-

da y la division de Villacampa, que maniobraban por aquella parte para favorecer las operaciones de la línea del Júcar, y estrechar por el flanco derecho á los franceses de Valencia. Animoso Suchet ahora con su buena ventura en Cataluña, nada le hubiera arredrado ya en la ejecucion de sus intentos, si no hubiera venido á desvanecerlos la noticia de la batalla de Vitoria, y la de haber repasado los Pirineos José y su ejército muy mal parados. Con tales nuevas suspendiólo todo, y resolvió desamparar á Valencia, retirándose camino de las orillas del Ebro.

Tiempo atras el Ministro de la Guerra de Francia hábale indicado conservase sus conquistas tenazmente, dando lugar á que libre Napoleon en el Norte de compromisos y estorbos, pudiese acudir á lo de España. Tal era el anhelo de Suchet, muy apesarado de abandonar á Valencia, en donde poseia opulentos estados, y de cuya tierra considerábase señor y régulo. Por eso determinó mantener ciertos puntos fortificados, como medio de facilitar á su vez nuevas invasiones, y áun la reconquista.

El 5 de Julio evacuó á Valencia el mariscal frances, casi al cumplirse los diez y ocho meses de ocupacion. Iba al frente de sus columnas con direccion á Murviedro, haciendo la retirada por escalones, é inclinándose á Aragon; todo muy ordenadamente. A los dos días verificó su entrada en la ciudad don Pedro Villacampa con alguna caballería y la gente del brigadier D. Francisco Miyares: lo mismo hicieron sucesivamente el Duque del Parque y don Francisco Javier Elío.

Al retirarse, arruinó Suchet en Valencia las obras que habia construido, más para enfrenar desmanes de la poblacion que para defender la ciudad contra ataques exteriores. No dejó, por tanto, allí ningun punto fortalecido. Al Mediodía, y más avanzado, guardó el reducido castillo de Denia con 120 hombres, al mando del jefe de batallon Bin. Metió en el de Murviedro, ó sea Sagunto, 1.200 á las órdenes del general Rouelle, con vituallas para un año; reparados sus muros y muy aumentados. Tampoco desamparó á Peñíscola, punto marítimo no despreciable, y púsole al cuidado del jefe de batallon Bardout, con 500 hombres. Igualmente dejó 120 bajo del capitan Boissonade en el castillejo de Morelia, que atalayaba el camino montuoso y de herraduraque viene de Aragon, y por donde podia en todo tiempo embocarse dentro del reino de Valencia un cuerpo de infantería á la ligera y sin cañones. Daba fuerza y servia como de apoyo á esta ocupacion la plaza de Tortosa, de cuya importancia persuadido Suchet, aumentó la guarnicion hasta con 4.500 hombres, poniendo á su cabeza al general Robert, militar de su confianza.

Inclinóse Suchet en su retirada, conforme apuntamos, hácia Aragon, noticioso de que Clausel, apremiado por las circunstancias, se alejaba y metia en Francia, dejando su artillería en Zaragoza bajo la custodia del general Paris. Libertar á éste, amenazado por Mina y Durán, y cubrir los movimientos de las demas tropas que en Aragon habia, fueron causa del rodeo ó desvío que en su camino hizo aquel mariscal. Consiguíó así que se reuniese á Musnier, que caminaba por el país montuoso, una brigada de la division de Severoli apostada en Teruel y Alcañiz, cuyos castillos, al ser evacuados, fueron destruidos tambien. Y juntos todos, cayeron el 12 de Julio hácia Caspe, alojando Suchet entónces su derecha en este pueblo, su centro en Gandesa y su izquierda en Tortosa.

Tenía asimismo órden el general Paris de abandonar á Zaragoza y de arrimarse á Mequinenza, caso de que pudiese ejecutar semejante movimiento libre de compromisos y desahogadamente. Deseos de verificarlo sin desprenderse de un grueso convoy, y la proximidad de Durán y Mina, pusieron á la ejecucion insuperables estorbos. Dejamos al último de los expresados caudillos no léjos de Zaragoza, y allí permanecia á dos leguas, en el pueblo de las Casetas, teniendo fuerza en Alagon, y en Pedrola á don Julian Sanchez, cuando el coronel Tabuenca, enviado por el general Durán, que se hallaba en Ricla, vino á avistarse con él, y proponerle atacar á Zaragoza, obrando ambos mancomunadamente. No se mostró Mina al principio muy propicio, ya porque no lo pareciese fácil lo que se proyectaba, ya porque no le gustase tener en el mando compañeros y ménos rivales. Sólo al fin y despues de largo conferenciar avínose y ofreció concurrir á la empresa. Pero ántes los enemigos, que se preparaban á abandonar la ciudad, queriendo encubrir su intento, adelantáronse en busca de los nuestros. Fué Mina con quien encontraron, y viéronse rechazados, haciendo tambien estrago en ellos por el flanco y del lado del puente de la Muela el coronel Tabuenca, asistido de su regimiento. Avanzó éste á la Casa Blanca y monte Torrero, y Mina á las alturas de la Bernardona, alejándose los franceses de aquellos puestos sin resistencia. Intentó, á pesar de eso, Paris nueva arremetida, que Mina repelió, sustentado por el mismo Tabuenca y los lanceros de D. Julian Sanchez, escarmentando á los enemigos con pérdida de más de 200 hombres. Allí se le juntó Durán, habiendo ocurrido estos acontecimientos en los dias 5, 6 y 7 de Julio.

Pensaron entónces los nuestros apoderarse por fuerza de Zaragoza, aunque todavía rehacio Mina; y apercibíanse á verificarlo cuando recibieron aviso de que los enemigos desamparaban la ciudad. Era en efec-

to así; saliendo toda la guarnicion francesa y sus parciales al caer de la tarde del 8, con numeroso convoy de acémilas y carruaje, de grande embarazo para una marcha que tenía que ser rápida y afanosa. Sólo dejaron 500 hombres, al mando del jefe Roquemont, en la Aljafería, y volaron un ojo del puente de piedra, con deseo de retardar el perseguimiento de los nuestros.

Tocaba á D. José Durán el mando de todas las tropas y el de la ciudad de Zaragoza por antigüedad, y por hallarse asentada aquélla á la márgen derecha del Ebro, país puesto bajo sus órdenes, pero cuya supremacía incomodaba á Mina y motivaba tal vez su tibieza, nacida de ocultos celos. En consecuencia, ordenó Durán, de conformidad con el Ayuntamiento y para prevenir excesos, que penetrase en la ciudad aquella misma noche D. Julian Sanchez con sus lanceros. Aparecieron de repente iluminadas las calles, y el gentío en todas inmenso, especialmente en el Coso, prorumpiendo los habitadores en unánimes aclamaciones de júbilo y contentamiento. Al dia inmediato entró tambien Durán en Zaragoza, al paso que Mina, vadeando el Ebro, se ocupó sólo en seguir las pisadas del general Paris.

Alcanzó aquél en breve al enemigo en una altura cerca de Lecñena, de donde le desalojó, y lo mismo de otra que estaba próxima á la ermita de Magallon; teniendo los franceses que retirarse via de Alcobierre. Fueron allí alcanzados, y viéndose en gran congoja, abandonaron la artillería, y el convoy, y los coches, y las calesas, y casi todo el pillaje cogido en Zaragoza; representando en compendio este campo las lástimas y confusion del de Vitoria. Paris, aunque con órden expresa de recogerse á Mequinenza, no pudo cumplirla, y á duras penas, tirando por Huesca y Jaca, internóse en tierra de Francia.

Don José Durán, á quien festejaron mucho en Zaragoza, no desatendió por eso poner cerco á la Aljafería, ni tampoco apoderarse de una corta guarnicion que dejára el enemigo en la Almunia. Logró lo último sin gran tropiezo, y empezaba á formalizar el sitio del castillo, cuando tornó Mina de su perseguimiento. Quedóse éste en el arrabal sin pasar el Ebro, como país el de la izquierda perteneciente á sus anteriores mandos, al paso que el de la derecha incumbia más bien, segun dijimos, al de don José Durán. Desvió y comportamiento propio sólo de ánimos apocados y ajeno de quién tenia gloriosos laureles.

Para cortar semejantes desavenencias, aunque no quizá con justa imparcialidad, nombró el Gobierno á Mina comandante general de Aragon, con licencia de añadir á sus fuerzas las que quisiese entresacar de

las de Durán, mandando al último partiese con las demas la vuelta de Cataluña.

Dueño de todo Mina, y solo, cual deseaba, apretó con ahinco el sitio de la Aljafería. No creia, sin embargo, enseñorearse tan luégo de aquel castillo; mas á dicha, habiendo caido en la mañana del 2 de Agosto una granada en el reducto del camino de Aragon, que es el más próximo á la ciudad, y prendídose fuego á otra porcion de ellas allí depositadas, resultó tremenda explosion, muertes y desgracias, y el desmoronamiento de un lienzo de la muralla; por lo que descubriéndose lo interior del castillo, quedó éste sin defensa y amparo. Por tanto, forzoso le fué al gobernador frances capitular el mismo dia 2, cogiendo nosotros sobre 500 prisioneros, muchos enseres y municiones de boca y guerra. Entregóse en breve Daroca, y tambien, poco despues, al capitan D. Ramon Elorrio, el fuerte de Mallen.

Tomado el castillo de la Aljafería, recibió Mina órden de Wellington para avanzar á Sangüesa y favorecer el asedio de Pamplona, guarneciendo á Zaragoza con un batallon, y destacando contra Jaca y Monzon otros dos, que debian comenzar el bloqueo de aquellas plazas.

Claramente advirtió Suchet entónces cuán imposible le era sostenerse en sus estancias, y cuán ocioso, ademas, dueños ya los españoles de casi todo Aragon. Por tanto, dispuso cruzase su ejército el Ebro, del 14 al 15 de Julio, por Mequinenza, Mora y Tortosa, ordenando ántes al general Isidoro Lamarque recoger y poner en cobro las cortas guarniciones de Belchite, Fuentes, Pina y Bujaraloz; difícil, si no, el descercarlas despues. Conservó á Mequinenza, y de gobernador, con 400 hombres, al general Bourgeois; no desamparando tampoco á Monzon, por considerar ambos puntos como avanzados resguardos de la plaza de Lérida, cuyos muros visitó, removiendo á su gobernador el aborrecido Henriod, molesto de gota y de inveterados achaques, y poniendo en su lugar al citado Lamarque.

Pasó en seguida Suchet con su ejército á Reus, Valls y Tarragona, en cuyo punto mandó preparar hornillos para volar las fortificaciones en caso de que se aproximasen los aliados, encargando la ejecucion á la diligencia y buen tino del general Bertoletti. Hecho lo cual, trasladóse á Villafranca del Panadés, tierra feraz y pingüe, de donde, sin alejarse mucho de Tarragona, dábase la mano con Barcelona y el general Decaen.

Por su parte los españoles moviéronse tambien Copons, para incommodar el flanco derecho de Suchet y cortarle los víveres; lord Bentinck y la expedicion anglo-siciliana con la division de Whittingham y el ter-

cer ejército bajo del Duque del Parque, avanzando al Ebro y cruzándolo por un puente volante que echaron en Amposta, protegidos en sus maniobras por la marina inglesa. Tampoco omitieron destacar al paso gente que ciñese la plaza de Tortosa, empezando á embestir ya el 29 de Julio la de Tarragona. Siguió ocupando el segundo ejército el reino de Valencia y bloqueó los puntos en que habia quedado guarnicion enemiga, excepto la division de Sarsfield, que no tardó en pasar á Cataluña.

Aquí los dejaremos por ahora á unos y á otros, queriendo echar una ojeada sobre el estado de estas provincias recién evacuadas. En Aragon habíase mantenido viva la llama del patriotismo, especialmente en ciertas comarcas, bien que yaciesen los ánimos caidos y amortiguados por el yugo que de continuo pesaba sobre ellos. Invariables los naturales en sus pensamientos, ayudaban debajo de mano, si no podian de público, la buena causa, y elevaban siempre al cielo fervorosas oraciones por el triunfo de ella, despues de servirla á la manera que les era lícito; y en Zaragoza no se limitaban á encerrar en sus pechos la tristeza y duelo, sino que áun vestian luto en lo interior de las casas en los dias y anuales de calamidades y desdichas públicas.

Hiciéronse allí sentir mucho las cargas y exacciones, sobre todo en un principio, que fueron pesadas y sin cuento. Más llevaderas parecieron al encargarse Suchet del mando, no porque se aminorasen en realidad, sino por el órden y mayor justicia que adoptó aquel mariscal en el repartimiento. Entraron en las arcas de los recibidores generales franceses de Aragon, desde 1810 hasta la evacuacion en 1813, gruesas sumas, no incluyéndose en ellas lo exigido en 1809, ni el valor de las raciones, ni otras derramas de cuánta echadas por los jefes y por varios subalternos. Y si á esto se agrega lo que por su lado cobraron los españoles, calcularse ha fácilmente lo mucho que satisfizo Aragon, aprontando tres y cuatro veces más de lo que acostumbraba en tiempos ordinarios, cuando la riqueza y los productos, siendo muy superiores, favorecian tambien el pago de los impuestos.

Lo mismo aconteció en Valencia, ascendiendo la suma de los gravámenes á cantidades cuya realizacion hubiera ántes parecido del todo increíble. En 1812, primer año de la ocupacion francesa, impusieron los invasores á aquel reino una contribucion extraordinaria de guerra de 200 millones de reales (12), cuya mitad ó más se cobró en dinero, y la otra en granos, ganado, paños y otras materias necesarias al consumo del ejér-

(12) *Mémoires du maréchal Suchet*, tom. II, chap. XVIII.

cito enemigo. Al comenzar el segundo año, esto es, el de 1813, convocó Suchet una junta compuesta de los principales empleados civiles y militares, de individuos del comercio, y de un diputado por cada distrito de recaudacion de los catorce en que habia dividido aquel reino. Debatióse en ella el modo y forma de llenar las atenciones del ejército frances en el año entrante, procurando fuesen puntualmente satisfechas aquéllas, y distribuidas las cargas entre los pueblos con equidad. Fijóse la suma en 70 millones de reales. Dificultoso es concebir cómo pudieron aprontarse; explicándose sólo con la presencia de un conquistador inflexible para recaudar los tributos, como pronto tambien á mantener igualdad y justicia en el repartimiento y cobranza, no ménos que á reprimir los desmanes de la tropa, conservando en las filas órden y disciplina muy rigurosa. Objetos diversos que hizo resolucion de alcanzar en su gobierno el mariscal Suchet, y que en cierta manera logró; mereciendo por lo mismo su nombre loor muy cumplido. Así fué que Valencia formaba contraste notable con lo demas del reino, en donde no se descubria ni tráfico ni rastro alguno de bienestar ni de prosperidad; al paso que allí, seguros los habitantes, aunque sobrecargados de impuestos, de que no se les arrancaria violentamente ni por mero antojo el fruto de su sudor y afañes, entregábanse tranquilamente al trabajo, y recogian de él abundante esquilmo en provecho suyo y de los dominadores. Que en los pueblos de la Europa moderna, reposo interior y disfrute pacífico y libre de la propiedad é industria son ansiados bienes, y bienes más necesarios para la vida y acrecentamiento de las naciones cultas que las mismas instituciones políticas, que mal interpretadas son origen á veces ó pretexto de bullicios y atropellamientos, ántes que prenda cierta de estabilidad, y que supremo amparo y privilegiada caucion de cosas y personas.

Tampoco las bellas artes tuvieron que deplorar por acá las pérdidas que en otros lugares; y si desaparecieron en Zaragoza algunos cuadros de Claudio Coello, del Güercino y del Ticiano, no en Valencia, en donde casi se conservaron intactos los que adornaban sus iglesias y conventos; producciones célebres de pintores hijos de aquella provincia, como lo son, entre otros, y descuellan, los Juanes, los Ribaltas y el Españolito.